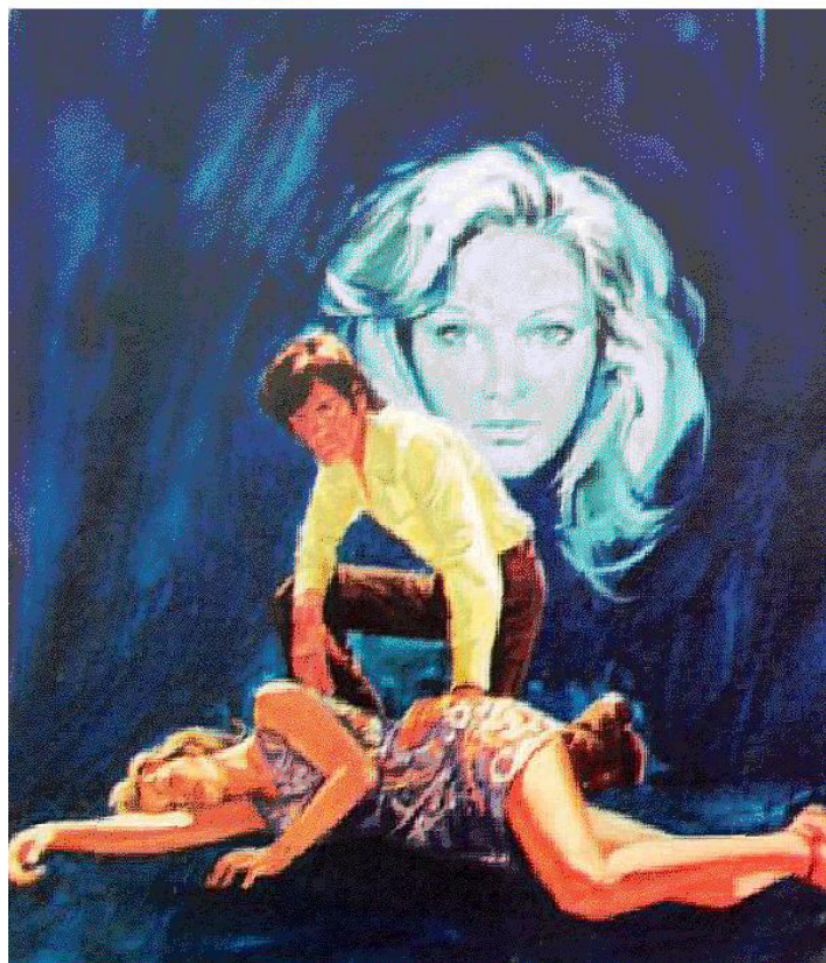


sólo mueren las hermosas

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



VIC LOGAN

SOLO MUEREN LAS HERMOSAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 759
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 36.625 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1976

© Vic Logan - 1976

texto

© Jorge Sempere - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.304 — Conspiración perfecta.
- En Colección PUNTO ROJO:
721 — Amenaza en la ciudad.
- En Colección ASES DEL OESTE:
652 — El último en reír.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
888 — Tierra de colosos.
- En Colección KANSAS:
863 — Siembra de violencia.
- En Colección BRAVO OESTE:
584 — Senderos de venganza.
- En Colección COLORADO:
877 — La muerte visita Wyoming.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
244 — La cañada del lobo.
- En Colección MUJERES MARCADAS:
311 — Un error en el pasado.

CAPÍTULO PRIMERO

Londres, Inglaterra, después del restablecimiento de la pena de muerte.

Sí. Soy Roger. Roger Wilder. Tengo 32 años y voy a morir. El jurado me ha considerado culpable y el juez ha pronunciado la sentencia. La horca.

Sólo puedo confiar en las gestiones de mi amigo Jack, el abogado que me defendió durante el juicio, pero temo que pueda hacer muy poca cosa en mi favor.

Sinceramente he de admitir que jamás en una corte de justicia se llevó a cabo una defensa como la de Jack Heller. Parecía que era su vida y no la mía la que estaba en juego, sin embargo, el principal culpable de su fracaso ante el jurado he sido yo mismo.

Sí. Yo mismo me he condenado.

Nunca he admitido los crímenes que se me imputan, pero mi silencio ha sido considerado como la mayor prueba de culpabilidad. Mi incapacidad de autodefensa ha equivocado a una plena confesión.

Y la verdad es que me siento culpable.

Seis muertes pesan sobre mi conciencia. Y aun ahora me pregunto cómo he podido realizar esos monstruosos actos.

Yo no soy así... Yo no me considero un criminal. Me he tenido siempre por una persona normal. Un hombre joven, lleno de vitalidad, de ansias de vivir, sin grandes preocupaciones. Si de algún acto de egoísmo se me podría acusar es el de intentar ser feliz y procurar que los demás lo fueran a mi lado. Y sin embargo...

Sin embargo, soy un asesino.

Tengo una doble personalidad que no ha servido de eximente delante del jurado. Por eso voy a morir.

Voy a morir mañana... Esta madrugada. Ya me han dado la

última cena.

¡Dios mío! Yo... Yo no soy así... Aunque sea un criminal, no es por mi voluntad... Yo... Yo...

Aún me veo a mí mismo por la calle con mis ojos tras unas bonitas piernas o un hermoso busto femenino.

Sí. Yo soy —o era— un tipo absolutamente normal. Me llamaban el solterón porque tenía treinta años y aún no me había casado.

—Ya tendré tiempo de retirarme —decía a mis amigos, y Jack Heller lo sabe.

Jack también es soltero, pero con él no se metían nunca, quizá porque a mí se me veía salir más a menudo con chicas, y todas tenían algo en común: sus piernas. Siempre me atraieron las chicas con bonitas piernas y un buen busto. ¿Es eso acaso un delito?

Hice muchas conquistas en mi vida. Se me dieron bien. Tal vez influyó mi físico que según dicen tiene un gran atractivo entre las chicas. Bueno, lo importante es que tuve aventuras y jamás ocurrió nada. Al menos que yo sepa.

Cenas, *dancings*, apartamentos íntimos... Y Paula, la nueva empleada de la agencia.

Tengo motivos para recordar a Paula ahora que ya no volveré a verla jamás.

Paula era distinta. Una chica seria. La invité un par de veces.

—¿Quieres venir conmigo a España para ultimar las ventas?

Llamábamos ventas a los contratos turísticos. Vendíamos gente a nuestras filiales españolas. Las vendíamos por remesas de quincena en quincena para que disfrutaran del sol de España.

—De acuerdo. ¿Cuándo nos vamos?

Paula siempre ha sido una muchacha espontánea. Jamás ha empleado subterfugios. Me congratulé de poder realizar aquel viaje con ella.

Un avión nos aproximó a la Costa Brava, y allí alquilé un coche para poder trasladarme más fácilmente de un lugar a otro. En realidad el trabajo no era mucho. Todo se reducía a cambiar impresiones con los directores de nuestras filiales y puntualizar algunos detalles. Quiero decir que a Paula y a mí nos quedaba suficiente tiempo para dedicarlo a nuestras cosas. Nuestras cosas. La verdad es que no pensábamos más que en divertirnos y ¿por qué no?, en hacer el amor.

Sobre este aspecto recuerdo que estando con Paula me di cuenta de que ella era la primera mujer que me hizo reflexionar seriamente en la conveniencia de tomar estado. Sí. Pensé en casarme con ella.

Se lo insinué.

Recuerdo aún su respuesta.

—Tú has querido vivir, Roger. Déjame hacerlo a mí.

—Es una razón.

—No una negativa —sonrió ella.

Yo le había contado a grandes rasgos mi vida. No era mi sistema ciertamente. No hablaba de mí cuando iba con una mujer, pero con Paula todo era distinto. Ella también me había contado su forma de entender la existencia y yo la comprendía.

—Tenemos pensamientos similares —le dije aquella tarde saliendo de la ducha. Ella todavía estaba en la cama. Era realmente encantadora. Tenía un cuerpo perfecto.

—Sí, Roger. Ya lo he pensado. Pero antes de atarme a nada quiero hacer cosas...

—¿Conocer a otros hombres?

—¡Oh! El sexo no me interesa de una manera especial. Al decirte que quiero hacer cosas quiero decir que deseo vivir, tener experiencias de todas clases... Viajar, trabajar en cosas distintas, conocer mejor el mundo... Eso es a lo que aspiro.

Sí. La comprendí. Y dejamos la cuestión. El verano prometía ser radiante, la vida seguía siendo hermosa y no había razón para ponerse melancólico.

Continuamos pasando alegremente los días que nos quedaban. Me tomé algunos más y nada cambió entre Paula y yo.

Bailamos, tomamos el sol en la playa y volvimos a hacer el amor.

Paula se marchó de la agencia apenas terminar el verano. Le salió una colocación en Australia y así pudo ver cumplida una parte de sus aspiraciones: Ver mundo, tener nuevos contactos y conocer a gente nueva.

Regresó tres años más tarde. No había cambiado en absoluto. Me contó muchas cosas...

Pero vayamos por partes, en aquellos tres años habían sucedido muchas cosas. Por mejor decir: «me habían sucedido muchas cosas».

La principal de ellas es que me había casado.

Bueno. Antes de casarme conocí a otras muchachas de las cuales podría destacar a Joan y a Deborah, las cuales, aunque no lograron dejar una profunda huella en mí, sí colmaron unas necesidades en momentos clave en que tanto mi cuerpo como mi espíritu necesitaban de una libre expansión.

Eran los tiempos en que debí decidir si me convenía cambiar de agencia. Me ofrecieron el cargo de director general con un sueldo sustancioso, pero la casa tenía bastante menos prestigio. Iba a ganar más dinero a base de perder una cierta calidad. Era necesario pensarlo.

Joan no me ayudó en mis cavilaciones, pero sí me liberó de la tensión en que vivía. Pasé con ella una temporada hasta que juntos y de común acuerdo decidimos separarnos.

Mi agotamiento nervioso más serio se produjo cuando como director general de la agencia por la que me decidí trabajar debía decidir una importante ampliación. Por suerte, con mi decisión di en el clavo, pero aquello me produjo una crisis de la que tuve que reponerme en una casa de salud durante un par de semanas.

Y fue allí precisamente donde conocí a Deborah. Era mi enfermera.

En mi convalecencia me acompañó infinidad de veces en su tiempo libre, hasta que apareció Dorothy.

Me casé con ella. Con Dorothy.

Dorothy era distinta. Una mujer de clase. Era hija de uno de los magnates del turismo con quien me asocié.

Su padre *sir* Charles Williams, todo un caballero, murió unos meses más tarde de conocernos. A Dorothy el luto le sentó maravillosamente. No sé por qué recuerdo eso en estos momentos, pero lo cierto es que en mi mente se me aparece con su preciosa figura vestida de negro. Con su serena belleza, un tanto altiva, pero de modales exquisitos.

Quería mucho a su padre, pero soportó el golpe con gran resignación, y a raíz de ese fallecimiento tuvimos ocasión de vernos más a menudo. Quería ser útil, manejar algunos de los negocios que por herencia le correspondían a ella. Yo la ayudé, y lo hice casi por compasión. No es que me diera lástima, porque Dorothy no es la mujer capaz de inspirar lástima a nadie. Mi compasión era por ver como soportaba el dolor de aquella pérdida, porque yo sabía lo

mucho que estaban compenetrados padre e hija.

De aquella asiduidad en el trato vino lo demás. Nos casamos en tres meses, y ella insistió en no querer dejar la casa de su padre —suya entonces— y yo prefería vivir en un apartamento más cómodo, más moderno, menos grande.

La verdad es que la casa paterna era poco menos que un castillo, con su parque, su pequeño estanque, su espléndido garaje capaz para media docena de «Rolls» y hasta una cuadra, donde aún sobrevivía un viejo pura sangre.

Llegamos a un acuerdo en lo de la vivienda. Acepté vivir allí, pero a condición de tener un apartamento en la City donde pasar alguna que otra temporada, o los fines de semana dedicados a la diversión...

Debo decir que con Dorothy pasé unos meses inolvidables. Vivir con ella era estar en el paraíso en todos los aspectos. Su aparente frialdad desaparecía rotundamente cuando llegaba la hora del amor. Sólo viviendo con ella se podía conocer cómo era realmente Dorothy.

Y digo era porque el infortunio quiso que las cosas cambiaran radicalmente para ambos.

A ella le gustaba montar y solía hacerlo con el viejo pura sangre. Ambos se conocían perfectamente y así hacían juntos ejercicios, aunque el animal ya no estaba para muchos trotes.

La verdad es que un día me llamaron a la oficina.

—Venga lo más de prisa que pueda, señor —me informó la vieja sirvienta de confianza—. La señora ha tenido un accidente. He llamado al médico.

Cuando llegué a la casa el doctor llevaba allí pocos minutos.

—Ha estado sin sentido mucho rato. No sabía qué hacer para reanimarla —decía la criada.

El médico ordenó.

—Hay que llevarla inmediatamente al hospital.

—Pero... ¿Qué ha pasado en realidad?

La criada me informó.

El caballo había muerto repentinamente. Su brusca caída la hizo caer de la montura y por lo que pudimos averiguar después Dorothy saltó por delante y el animal le cayó encima. Se había dado un tremendo golpe en la cabeza y sus piernas quedaron inmovilizadas.

Nunca el corazón me había latido tan aprisa como cuando acompañé a Dorothy en la misma ambulancia hasta el hospital.

Allí pasé toda la noche con una terrible angustia. Los médicos estaban haciendo lo imposible por ella.

El diagnóstico llegó al amanecer y no contribuyó a animarme precisamente.

—Es difícil vaticinarlo, señor Wilder... Pero las piernas de su esposa han sido seriamente dañadas... La verdad es que no se puede predecir cómo reaccionará.

—¿Está tratando de insinuar que...?

Me daba miedo pronunciar la frase: Inválida.

¡Dorothy iba a quedar inválida!

Los días que transcurrieron después de la operación no contribuyeron a disipar mis temores.

Al cabo de dos semanas las piernas de mi esposa continuaban insensibles.

Ella no sufría ningún daño material, pero yo sabía que el dolor moral era infinitamente superior. Y como siempre, supo encajarlo con una serenidad que dañaba el alma.

—¿Es tu esposa? —me dijo una voz, cierta mañana al salir de su habitación.

Me volví al reconocerla. Era Deborah, con su impecable uniforme de enfermera.

—¿Estás aquí? ¡Oh! Ni siquiera me había dado cuenta.

—Estoy en el piso de abajo. Ahora me han trasladado. He oído hablar de esa paciente. Señora Wilder. Asocié el nombre contigo y ahora, al verte salir de su cuarto...

—Sí. Es mi mujer —afirmé.

Naturalmente Deborah no tenía por qué saber que yo estaba casado, puesto que no habíamos vuelto a vernos.

—Lo siento —murmuró ella.

—Más lo siento yo.

—Te comprendo... Si puedo hacer algo.

—Gracias, Deborah. Creo que están haciendo lo que pueden. De todos modos, muchas gracias. Perdona que no me entretenga. Tengo un montón de trabajo atrasado. La verdad es que no tengo ganas de hacer nada. Adiós, ya nos veremos...

Sí. A partir de entonces volvimos a vernos, y algunas veces

almorzamos juntos. Bueno, tomábamos el bocadillo de mediodía y aunque hablábamos poco yo me daba cuenta de que Deborah se esforzaba por ahuyentar mis pesares, por distraerme. Ya lo había hecho en la ocasión anterior, cuando nos conocimos durante mi crisis, pero yo no sentía el menor deseo de olvidar mis problemas. Sólo pensaba en mi mujer.

Dos meses más tarde Dorothy salió del hospital en una silla de ruedas. De momento los médicos no pudieron hacer más.

—Más adelante... —insinuaron la posibilidad de sucesivas intervenciones, pero sin la menor esperanza.

Al llegar a casa parecíamos dos extraños. Sentados uno frente a otro como dos idiotas, sin encontrar lo que siempre nos había sobrado, palabras con las que iniciar una conversación aunque fuera banal.

Bebí algo para tener las manos ocupadas, traté de iniciar una charla.

—Bueno... —Y se me ocurrió una tontería—. Quizá convendría que me hiciera con los servicios de una enfermera. Podría cuidarte.

—No creo que la necesite... Necesito muy poco. No molestaré.

—¿Qué tontería! ¿Cómo puedes molestar?

Nervioso e inquieto me serví otro trago.

—¿Cómo tienes el trabajo? Te has pasado las horas conmigo —dijo ella tras otro embarazoso silencio.

—¡Al diablo el trabajo! Primero eres tú.

—Debes empezar a acostumbrarte a tener en casa una figura decorativa, Roger. Yo ya no cuento para nada.

—No digas tonterías, Dorothy... Tú cuentas para todo.

—Aceptemos las cosas como son, Roger. No sirvo para nada. Estoy insensible. Completamente insensible. Para todo.

Me acerqué a ella y la besé. El vaso se escapó de mis manos y cayó sobre la alfombra. No se rompió, pero el *whisky* se derramó por completo.

—Anda, llama a Maude que recoja esto y tú puedes ir a la oficina...

—No deseo ir a la oficina.

—Entonces sólo te ruego que no te quedes ahí mirándome compasivamente, Roger. Ahora vivo uno de esos momentos en que una persona necesita intimidad.

—¿Deseas estar sola?

—Sí. Necesito pensar.

—Podemos pensar juntos.

—Roger. Lo he estado pensando durante estos días viéndote al pie de mi cama o junto a mi cabecera. Yo fingía estar dormitando, pero pensaba... Pensaba.

—No pienses. Ahora procuraremos organizarnos... Además, esto puede durar tan sólo una temporada y...

—Sabes perfectamente que estoy inválida para siempre —cortó ella—. Por eso en el hospital, tras agotar la compasión que sentía por mí misma, empecé a sentir lástima de ti.

—¿De mí?

—Sí. Verte condenado en plena juventud a una mujer que ya no te puede servir para nada...

—Por favor, Dorothy...

—No, Roger, déjame continuar...

—Está bien, pero...

—Déjame continuar. Te lo ruego.

La dejó, y Dorothy, con su voz serena y persuasiva me propuso lo que menos podía imaginar.

—Separémonos. Recobra tu libertad. Es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Cómo se te ha ocurrido semejante disparate? ¡Dios mío, Dorothy! No vuelvas a repetir eso.

—Sé que me quieres, Roger. Pero ¿qué ocurrirá al cabo de un año? ¿O de dos? Seamos realistas, amor mío. Esto es para siempre. Y yo no tengo derecho a condenarte...

—¡Calla! —la atajé convencido—. No se te ocurra volver a pensar semejante desatino. Pase lo que pase yo seguiré siempre a tu lado.

Sentí sus ojos clavados en mi espalda cuando iba a por otro *whisky*. Me volví. Vi su mirada fría y serena. Volví a su lado y la besé con todas mis fuerzas.

—Te quiero. Te quiero, amor mío... Te querré siempre.

—Agradezco tus palabras, cariño. No sabes cómo las agradezco... Pero he intentado darte una oportunidad.

—No necesito esa clase de oportunidades...

Pero ella no lo creía. Más calculadora que yo temía que pudiera

cansarme de ella, pero yo estaba plenamente seguro de mis sentimientos.

Volvimos a besarnos y desde entonces ya no hablamos más de aquel asunto.

CAPÍTULO II

La segunda operación a que fue sometida Dorothy sólo sirvió para confirmar lo que todos sospechábamos. No hubo el menor alivio.

Las puertas quedaron abiertas para una tercera intervención con las mismas nulas esperanzas que las anteriores.

Así me lo confirmó el joven doctor Stewart con el que almorcé expresamente.

Deborah se unió a nosotros, porque al verla entrar le hice una seña para que tomara asiento en nuestra mesa. Hice las presentaciones y continuamos sobre el tema.

—Deborah trabaja en el hospital. Está al corriente de lo que sucede —le dije a Stewart.

—Sí. Creo que la he visto. En fin, Wilder, no quiero pecar de pesimista, pero me consta que se le han aplicado los medios más avanzados que la técnica pone a nuestro alcance... Es un caso difícil... No le diré que ella debe poner el máximo esfuerzo por su parte porque es la principal interesada.

—Sé que intenta andar cuando no estoy en casa. Prohibió a la criada que me hablara de ello, pero un día se cayó y se rozó una rodilla y aunque trató de ocultarlo me di cuenta aunque no lo comenté con ella.

—Su esposa tiene mucho orgullo. En el buen sentido, claro. Mi padre era el médico de cabecera de la familia. Yo la conozco relativamente poco, pero he estado estudiando su historial clínico. Siempre ha estado una mujer sana, pero difícil.

—Hay que conocerla bien —sonreí yo. Luego añadí la conveniencia de que una enfermera pudiera ayudarla.

—No estaría de más. Yo también se lo insinué —dijo Stewart.

—Y no dio resultado, ¿eh?

—Por eso he mencionado su orgullo. Además del daño recibido,

se siente golpeada moralmente. En eso también se parece a su padre. Jamás quería admitir que estuviera enfermo.

—Eso puede ser positivo —adujo Deborah.

—Sí, puede serlo —admitió el médico, pero se notaba a cien leguas de que no creía formalmente en su recuperación.

Vino la tercera intervención y la cuarta. Negativas.

Lo único grato de aquellos aciagos días fue el regreso de Paula, y no fue un deseo sexual lo que me atrajo de su reencontrada presencia sino el deseo de poder contar a alguien mis preocupaciones, de poder descargar mi conciencia, de hablar libremente de todo lo que sentía.

Cenamos juntos una noche que yo tenía que quedarme para terminar un montón de trabajo que se me había acumulado sobre la mesa. Tenía docenas de problemas que resolver que mis subordinados no podían solucionarlos sin mi aprobación. Proyectos, inversiones, nuevos tipos de viajes, anexión de otras compañías, revisión de filiales.

—La verdad es que la agencia ha crecido mucho. Somos importantes en el concierto mundial y yo llevo el peso principal y me temo que un día de estos voy a estallar.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —propuso Paula—. Con Dorothy por supuesto.

—Ella no quiere moverse de casa.

—Tiene que hacerlo.

—Vive como recluida, como si aquel castillo fuera su tumba donde por su propia voluntad ha querido enterrarse en vida.

—Insiste...

—Lo haré, pero...

—Y ahora dejemos de hablar de tu mujer. Tú tienes trabajo, problemas y yo muchas cosas que contarte...

Decidí escucharla. Era un modo de evadirme de todo.

Paula me contó casi todo lo que había hecho. Viajó de Australia a Nueva York y me confesó.

—No me gustan los americanos. Son unos niños engreídos.

—¿Has conocido a muchos?

—Los suficientes para reafirmarme en lo dicho.

—¿Los has conocido íntimamente?

—Las puertas indiscretas están prohibidas... —Luego con su

sonrisa dulce, ingenua y maliciosa a la vez añadió—: La verdad es que nunca he conocido a ningún hombre como tú.

Rememoré el pasado, un pasado próximo aún, pero que a mí me parecía pertenecer a otra época.

Antes de despedimos Paula me pidió:

—¿Necesitas una secretaria?

—¿Hablas en serio?

—Bueno, he ahorrado algún dinero, pero si empiezo a vivir sin trabajar pronto se me terminará. ¿Me aceptas?

—Cuando quieras. Sabes que tú siempre tienes un puesto preparado...

—Da gusto tener amigos como tú. Y ahora a trabajar. ¿Te ayudo? Lo haré gratis...

—Me gustaría invitarte a otro sitio.

—¿A bailar... como antes? No lo hagas. A lo mejor acepto.

—De veras, tengo mucho trabajo.

—Pues ¿a qué esperamos? Anda. Te acompaño. Por una vez lo haré gratis. No tendrás que pagar horas extras.

Salimos juntos. La vitalidad y optimismo de Paula eran realmente reconfortantes.

En la calle y al dirigirme a mi coche observé a un hombre que estaba cerca de otro automóvil y que parecía observarnos, pero no le di ninguna importancia. Subí al coche, Paula se sentó a mi lado y lo puse en marcha.

Mientras conducía miré por el retrovisor y me pareció por un momento que me seguía otro coche. No estaba muy seguro, por eso al detenerme ante la oficina observé bien la calle. Estaba desierta. Un auto cruzó a marcha moderada por la calle transversal y desapareció.

—¿Qué miras? ¿Nos sigue alguien? —preguntó Paula.

—Es lo que pensaba —dije convencido de que, en efecto, no había nadie en las proximidades.

—Misterio —sonrió ella.

—No. Es una impresión que tengo desde hace un par de días... Bueno, en realidad no sé cuántos.

—¿Te siguen de veras?

—Ya te digo que no lo sé. Es sólo una sensación.

Entramos juntos en la oficina para trabajar.

En pocos días, y con la ayuda de Paula que ya figuraba en la plantilla de la casa, conseguí poner al corriente las cosas más importantes.

Fue realmente un trabajo agotador.

—De veras deberías tomarte esas vacaciones, Roger —insistió Paula una vez más.

—Tonterías. Me encuentro en forma —contesté yo.

Pero mentía. Mentía porque desde hacía una semana me sentía pesado y a veces el corazón parecía latirme con más fuerza para luego detenerse una fracción de segundo. Luego la cabeza. Me pesaba. Me pesaba horrores y no era una vulgar jaqueca.

Aquel mediodía Paula tenía una cita y no pudimos almorzar juntos por lo que decidí llegarme hasta el restaurante donde solía comer el doctor Stewart.

No quería visitarme de un modo oficial, simplemente fingiría un encuentro y le hablaría del asunto. En cierto modo —y en este caso concreto— me parecía a mi mujer. No quería admitir una posible enfermedad y no era cuestión de orgullo, palabra.

No. No vi a Stewart, pero sí a Deborah, la guapa enfermera con la que compartí la mesa y luego, como ella tenía un rato libre, estiramos las piernas. A mí me convenía y a ella —lo digo sin petulancia— le gustaba mi compañía.

Se interesó por mi mujer.

—Sigue igual.

Luego le pregunté por el doctor Stewart.

—Quería cambiar impresiones con él —le dije.

—Tendrás que ir a su consulta. No viene por el hospital si no tiene un caso que lleve él personalmente. ¿Es por tu mujer?

—Bueno, sí...

Me di cuenta de que Deborah me miraba fijamente.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada...

Sentí como una especie de vahído y aunque no podía ver mi propia cara comprendí que mi tez había palidecido ostensiblemente.

—¿No te encuentras bien?

—Sí, sí, ya se me pasará...

—¿Te ocurre esto con frecuencia? —me preguntó ella cuando nos hubimos sentado en un banco del pequeño parque.

—Pues no... Sólo tengo dolores de cabeza. Eso le pasa a todo el mundo.

—Déjame ver el pulso.

—Pero si no es nada —dije procurando que mi voz sonara animada.

Ella tomó mi muñeca y consultó su reloj mientras contaba mentalmente mis pulsaciones.

La sensación de desfallecimiento comenzaba a ceder.

—Estás muy alterado. ¿Padeces arritmia?

—No lo sé.

—Pues debes ir al médico. Es por tu bien.

—Bueno. Quizá un día de éstos, cuando vaya a hablarle de mi mujer...

—A tu mujer no puede hacerle nada.

—Lo sé, pero hablando con él parece como si me tranquilizara...

—Lo de tu esposa te ha afectado mucho, Roger. Y quien de veras necesita un médico eres tú...

Sonreí, volvía a sentirme recuperado. De pronto la seriedad volvió a mi rostro. Acababa de ver a alguien... O ¿tal vez lo había imaginado?

—¿Qué pasa? —inquirió ella al verme mirar insistentemente hacía unos setos.

Antes de contestarle me dirigí hacia donde había creído ver al hombre. No había nadie. A lo lejos alguien, se alejaba. Un hombre vestido de oscuro.

¿Me estaba espiando?

Luego comprobé que no había nadie, y a fuerza de volverme hacia atrás mientras caminaba al lado de la enfermera, ella no pudo menos que inquirir la causa.

—¿A quién buscas?

—A nadie. Es que pensé que... que había visto a algún conocido.

Deborah no hizo el menor comentario, pero pareció quedar algo intrigada.

Fue la misma Deborah la que me llamó al día siguiente a la oficina. Tomó el aparato Paula, pero como la enfermera insistió en que se trataba de un asunto personal, mi secretaria me pasó la comunicación con un comentario.

—Llamada misteriosa. Voz de mujer.

Deborah me dijo que el doctor Stewart había ido aquella mañana al hospital y que pensaba comer en el restaurante próximo.

—He pensado que ya que no quieres ir a su casa podríais hablar en el restaurante.

—Eres muy amable.

—Los hombres tan atareados como tú que no tienen tiempo para ir al médico tienen que hacerlo así.

—Gracias, Deborah. Pero te advierto que me encuentro perfectamente.

—Lo que ocurre es que te impresionan los gabinetes de los médicos. Eso les pasa a muchos.

Sonreí. No. No me impresionaban, simplemente que yo «quería» estar bien, pero la verdad es que me notaba algo extraño, un malestar casi intangible. Era difícil de explicar.

—Voy a salir un poco antes —le dije a Paula—. Sobre las tres estaré de vuelta.

—¿Deborah? —inquirió ella.

—Sí. Es una enfermera.

—¡Ah! —Había mucha mala intención en la breve exclamación de Paula.

Por eso aclaré:

—Tengo que hablar con el médico.

—Si es para ti ya era hora... Me alegraré que te encuentre fuerte y sano. Y que te recomiende esas vacaciones...

—¿Por qué tienes ese interés en que me vaya?

—Para demostrarte aún más lo eficiente que soy —sonrió ella. Pero yo sabía que Paula se preocupaba realmente de mí.

Salí a la calle y tomé el automóvil. Hasta llegar al restaurante no volví a sentir aquella sensación de ser espiado.

Observé bien a la gente del local, mientras Deborah me hacía señas desde la mesa que ocupaba.

El sitio acostumbraba a estar siempre lleno y no era fácil encontrar mesa libre. Deborah había conseguido una y la ocupaba guardando plaza para Stewart y para mí.

El médico aún no había llegado.

—Creí que no me habías visto —me dijo ella al tomar yo asiento.

—Sí, te vi en seguida.

—Como vi que mirabas...

—Es que me pareció... —No dije más al notar la forma en que ella me observaba.

—Parece como si tuvieras miedo.

—¿Miedo yo? ¿Por qué?

—No sé. Como si temieras que te siguieran.

—Pues sí. Lo has acertado. Tengo esa sensación. —Y sonriendo para quitarle importancia a la cosa añadí—: Debo tener manía persecutoria.

Deborah desvió la mirada y cambié de conversación para informarme.

—Lo siento. El doctor no podrá venir. Le han llamado para una urgencia. No he tenido tiempo de avisarte.

—Bien. Ya nos veremos otro día.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Hago cara de estar enfermo? —pregunté.

—El aspecto, a veces, es lo de menos.

Aseguré encontrarme bien, pero acabé confesándole mi estado interior.

—Es tonto. No es nada definido. ¿Comprendes por qué encuentro absurdo ir al médico?

—No es tan absurdo. Te hace falta un buen chequeo.

—Está bien, está bien. Iré un día de éstos.

Comimos y hablamos de varias cosas. Sobró tiempo para un corto paseo.

Fuimos al mismo sitio. Era casi en frente del restaurante, a un paso del inmenso tráfico rodado, pero en medio de una isla de verdor.

Fue allí donde volví a sentir uno de aquellos vahídos, pero más intenso que las otras veces. Más rápido.

Oí a Deborah gritar:

—¡Roger, Roger!

Fue lo último que escuché porque en seguida todo se oscureció en mi mente.

CAPÍTULO III

Cuando desperté estaba como insensible. No sabía dónde me hallaba ni qué había sucedido.

Recordaba quién era, pero había lagunas en mi memoria. Por ejemplo yo insistía en la misma cosa:

—Salí de la oficina a las doce. No recuerdo nada más.

Deborah se quedó a solas conmigo y trató de hacerme recordar:

—Estuvimos almorzando juntos. Te llamé a eso de las diez y media para decirte que el doctor Stewart iría a comer al restaurante. ¿No recuerdas eso?

Sé que me costó un gran esfuerzo acordarme de aquello.

—Sí. Me llamaste. Pero... ¿Llegamos a vernos en realidad?

—Claro... Estabas conmigo cuando perdiste el sentido...

—¡Cielos! ¡Qué cosa más extraña! Es como si me lo hayan borrado de la cabeza.

Volví la cabeza hacia la ventana y vi que oscurecía.

—Ya te recuperarás —dijo Deborah.

—Dices que hemos comido juntos... Y es casi de noche. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Deborah tardó en contestar. La verdad aún me horrorizó más.

—Esto ocurrió anteayer, Roger. Hoy estamos a domingo.

—Dos días inconsciente... Más de cuarenta y ocho horas y yo..., yo... sin recordar nada.

—No te esfuerces. Estás todavía bajo los efectos del *shock*.

—¿Qué dice el doctor Stewart?

—Le he llamado para decirle que has despertado. Vendrá más tarde. —Se levantó para irse. Entonces por primera vez me di cuenta de que no vestía de enfermera.

—¿Y tu uniforme? —pregunté.

—Estás en otro hospital. Yo sólo soy una visita —sonrió ella.

—Gracias, Deborah.

—No seas tonto.

Al ir a retirarse debió topar con algo, no me fijé bien, pero sé que dijo que se había enganchado los *pantys* y quedó mirándose la impresionante carrera que se había producido.

No sé por qué recuerdo estos detalles nimios, quizá porque siempre me gustaron las piernas de Deborah. Y ella, para ver hasta dónde le llegaba el desgarrón que acababa de producirse, se levantó las faldas. Sus bonitas extremidades quedaron casi totalmente al descubierto.

—¡Vaya! —exclamó contrariada.

En aquel momento entró una visita. La primera después de Deborah, que ante el recién llegado se bajó la falda rápidamente no sin que antes el que acababa de entrar hubiese tenido tiempo de ver a la enfermera con la falda remangada.

—Perdón —se excusó ella—. Ya me iba.

Reconocí en seguida a mi visitante:

—¡Jack!

En efecto, Jack Heller, el viejo amigo. El compañero de estudios. El hombre al que aun viéndole sólo de tarde en tarde seguía considerándolo como a uno de mis mejores amigos.

—No vengo solo, Roger. Tu esposa viene conmigo. Fui a tu casa a visitaros y Dorothy me contó lo ocurrido... ¿Cómo estás?

Por la puerta entreabierta pude ver a mi mujer sentada en la silla de ruedas.

Mi amigo se volvió hacia ella para empujar el sillón y conducirla junto a la cabecera de mi cama, donde me incorporé para besarla.

—Menudo susto os he dado a todos —dije.

—No hagas esfuerzos.

—Si me encuentro perfectamente. Bueno... Casi. Que yo sepa no tengo nada roto.

Mi mujer cambió una mirada con Jack.

—En serio. Falla algo mi memoria, pero es a consecuencia del golpe... Deborah está intentando ayudarme.

—¿Era esa chica que estaba aquí? —preguntó Jack.

—Sí. Es enfermera. Yo estaba con ella cuando me ocurrió... —Explicué a grandes rasgos lo que Deborah me dijo que había ocurrido y añadí: Quería ver al doctor Stewart para hablarle de ciertas molestias...

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió Dorothy.

—No quería alarmarte, querida. Deborah es enfermera y conoce al doctor Stewart. En fin, ahora ya no hay nada que ocultar. Me harán el chequeo y espero que me dejen salir pronto de aquí. Por cierto, nadie me ha dicho en qué hospital estoy.

El nombre era lo de menos. Lo importante es que me hallaba en manos de Stewart en quién confiaba plenamente, y no esperaba que lo ocurrido tuviera graves consecuencias en mi futuro. Aunque la verdad es que me preocupaba un poco aquella laguna en mi memoria. Sí, aquello era una cosa anormal.

Mi mujer venía todos los días y Jack Heller lo hizo también durante aquella semana que me acibillaron a pinchazos, me radiografiaron por todas partes y me extrajeron la sangre a dosis masivas.

Tanto Jack como mi mujer coincidieron algunas veces con Deborah que seguía intentando hacerme recordar aquel lapsus que no conseguía salir de las profundidades de mi subconsciente.

Jack a solas conmigo me habló de Deborah.

—Se toma mucho interés por ti —me hizo notar.

—Deborah es una gran muchacha —le repliqué.

—Sin tapujos. ¿Te entiendes con ella?

—¿Quieres decir si es mi amante? —Sonreí—. No. La conocí antes que a mi mujer. Cuando estuve haciendo aquella cura de reposo. Tú no estabas.

—Cierto. Me escribiste, pero yo había dejado Estados Unidos para viajar por Sudamérica. Igual me ocurrió con lo de Dorothy... Cielos, nunca me perdonaré no haberte dado mis nuevas señas... Parece como si siempre que os ocurre algo lo hago adrede para que no podáis contar conmigo.

—Desgraciadamente en el caso de Dorothy nada hubieras podido hacer...

—Sabes lo que te aprecio, Roger. Haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé, amigo...

—Me gusta viajar. Ya sabes que sólo acepto pleitos importantes. Soy un abogado caro... Tengo licencia para ejercer en Norteamérica. Allí hay casos que valen la pena, de esos que pueden hacerte rico. Quizá profesionalmente no sea muy ético que hable de esas cosas, pero es la verdad. Alguien te necesita, viene a verte. Tú

crees al cliente sin vacilar aunque te presente un chanchullo. Pero el tipo está dispuesto a pagar bien... Resuelves el caso, ganas dinero y fama...

—Y entre caso y caso te dedicas a recorrer mundo.

—Es lo que más me gusta. Mi *hobby*...

—¿Y de mujeres?

—De mujeres te estaba hablando —cortó él—. De esa Deborah...

—Una buena muchacha —insistí.

—Y muy guapa.

—Yo sólo conozco a mujeres guapas —bromeé.

—En serio, amigo. Creo que está enamorada de ti.

—Jack, desde que me casé sólo ha existido una mujer para mí:

Dorothy.

—¡Qué fidelidad!

—Con Deborah no hay nada. Absolutamente. Ella conoce cuáles son mis sentimientos hacia Dorothy. ¿Qué más quieres saber?

—Sólo quería decirte que estuve hablando con ella. Hablamos de ti. Parece que de verdad no tienes nada grave. Te lo digo porque generalmente el enfermo es el último de estar informado. ¿Te tranquiliza esto?

—Me tranquilizaré cuando consiga recordar por mí mismo ciertas cosas... Es como si tuviera humo en mi cabeza... Una densa humareda que me impidiera revivir ciertas escenas...

Recuerdo que tuvimos una larga pausa antes de que mi amigo se decidiera a preguntarme.

—Oye... Deborah me habló de algo... algo superficial. Dijo que le habías dicho que tenías la sensación de que te seguían...

—¿Se lo dije?

—Luego es verdad...

—Sí, creo que sí...

—Bueno... ella habló del asunto a tu médico, ese doctor Stewart...

—No me dijo nada.

—A veces hay gente que tiene la manía de que le siguen.

—Manía persecutoria. ¡Cielos! Esa frase la dije yo... ¡Déjame pensar!

Pero Jack Heller insistió.

—¿Te seguían de veras?

—No lo sé, Jack. Era... era un presentimiento.

—¿Pudiste ver a alguien determinado?

—No sé, Jack... Déjame recordar... ¡Manía persecutoria!

En mi mente se acababa de hacer la luz. Una luz muy pequeña todavía.

Jack volvió a la carga.

—¿Tienes motivos para que alguien te siga? ¿Motivos profesionales? ¿Algún enemigo al que conozcas?

—¡En el restaurante! ¡Sí! Fue en el restaurante —exclamé yo recordando con más claridad—. Se lo dije a Deborah... Yo... Yo tenía la impresión de que era seguido...

—¿Por quién, Roger?

—No lo sé, Jack. No lo sé... Sólo era un presentimiento, pero no sé si me seguían o no... Nunca vi a nadie en concreto...

CAPÍTULO IV

Mi recuperación fue celebrada con una pequeña fiesta que propuso Dorothy.

A mí me daba un poco de reparo aquella especie de fiesta, pero accedí porque fue la primera vez que vi a mi mujer interesarse por algo desde que fue condenada a la silla de ruedas.

Me alegraba ver a Dorothy tomándose interés por algo, me halagaba al mismo tiempo de que fuese precisamente yo el fruto de sus desvelos.

No fue una gran recepción. Estábamos los íntimos, y como desde hacía más de dos años prácticamente no alternábamos, los invitados se redujeron a Jack Heller, al doctor Stewart, a Herbert Williams, tío de Dorothy, que tampoco venía mucho últimamente y como excepción Deborah.

Deborah fue invitada por el extraordinario interés que demostró en mi curación, y Jack, que ayudó muy entusiásticamente a mi mujer, fue quien más interés puso en la asistencia de la muchacha.

Previamente, antes de la noche de la fiesta, la enfermera me llamó por teléfono a la oficina. Yo aún no había empezado a reincorporarme en serio a mi trabajo, pero acudía a la oficina por si había algo que precisara de mi intervención urgente.

Lamenté, de veras, no poder invitar a Paula. Ella también se había preocupado mucho por mí, e incluso alguna vez fue a visitarme, pero lo hizo con cierta prudencia para no coincidir con mi mujer. Al menos cuando vino sola. Otras veces que acudió al hospital en compañía de otros empleados ya se preocupó menos, y me dijo sus razones.

—No quisiera que tu mujer pudiera pensar mal. Algunas esposas son incapaces de comprender una buena amistad. No digo que la tuya lo sea, pero en su estado es mejor evitar suspicacias...

Agradecí la gentileza a Paula, aunque en ningún momento llegué

a pensar que Dorothy pudiera sospechar en mí la más leve infidelidad, ya que motivos no le había dado y siempre, en todo momento, me desviví por ella porque realmente la seguía queriendo, quizá aún más desde que quedó afectada por la desgracia.

Decía, pues, que Deborah me citó llamándome a mi oficina, y poco después nos encontrábamos en el restaurante habitual, donde tomamos el té mientras ella me confesaba su inquietud.

—¿Crees de veras que debo asistir?

—¿Por qué no?

—Bueno. Si tu mujer sabe que tú y yo...

Yo puntualicé bien las cosas.

—Nuestra amistad proviene del pasado, Deborah. No ha habido nada entre tú y yo desde que me casé.

—Eso es verdad —replicó cabizbaja. Escondía su semblante como si quisiera evitar que yo pudiera descubrir sus sentimientos. Pensé en lo que me había dicho Jack: «Esta chica está enamorada de ti».

Pensé, también, en que yo no le había dado motivos.

—Jack siente un gran interés por ti. En realidad fue él quien insistió —le dije.

—¿Jack Heller? ¿El que conocí en el hospital? —inquirió.

—Sí. Un gran amigo. Es abogado. Un gran abogado. Tiene dinero y le gusta mucho viajar.

—No me hagas propaganda de él, Roger. No es mi tipo.

—Pues yo creí que Jack era de los que gustan a las mujeres. No aprenderé nunca.

—Todas las mujeres no tenemos los mismos gustos. ¿No lo sabías?

—Ven a la fiesta. Será una cena sencilla.

Y Deborah prometió su asistencia, a pesar de Jack.

El tío de Dorothy, hermano menor de su padre, era un hombre alto, enjuto, de hombros caídos y mirada penetrante. Su carácter era diametralmente opuesto al del difunto. Mientras éste era hablador, mundano, un auténtico señor, Herbert, por el contrario, era muy parco en palabras, observaba a la gente escrutándola y a menudo se limitaba a contestar con monosílabos. En definitiva, era poco sociable.

Siguiendo con Herbert, diré que contaba entonces unos cincuenta y pocos años y seguía soltero.

Si alguna cualidad tenía era la puntualidad, quizá por ello fue el primero en llegar. A las siete estaba ya en la casa. Le recibimos Dorothy y yo. Mi mujer estaba más radiante que nunca. Se sentía feliz.

—Pasa, tío Herbert. Te serviremos un buen ponche. El tiempo está un poco húmedo, hoy.

No se dignó siquiera inclinarse para besar a su sobrina. Tampoco le preguntó cómo se encontraba. Pasó al salón, y la propia Dorothy, desde su silla de ruedas, le sirvió el ponche que él tomó casi de un trago, como hubiese hecho cualquier patán.

—Vienes poco por aquí... —empezó Dorothy para romper el fuego—. Precisamente he pensado en organizar unas cuantas fiestas. No te había hablado de ello, ¿verdad, Roger? Bueno... he pensado que después de tanto tiempo de vivir apartada del mundo me gustaría volver a reunirme con los viejos amigos... Tenías razón, Roger, no sirve de nada enterrarse en vida...

Aunque Herbert escuchó sin hacer el menor comentario yo pude enterarme de los planes de mi mujer que sin ningún disimulo me apretaba la mano como si quisiera darme una muestra de su cariño hacia mí.

—Ya es hora de que te hayas decidido, querida. Hay mucha gente que desea visitarte, pero no se atrevían a hacerlo por temor a no ser recibidas.

—La verdad es que he estado muy abatida. A pesar de tus esfuerzos, Roger, no sentía ilusión por nada. Ahora parece que me he recuperado. Desgraciadamente mis piernas siguen inmóviles, pero... es a lo único que tendrás que resignarte. Aunque... Bueno... es una sorpresa que te reservo para después...

Jack Heller apareció acompañado de Deborah y explicó:

—Casualmente nos encontramos cuando me detuve en un bar a tomar una copa. Justamente a pocos metros de donde ella vive. La reconocí, la llamé y aquí estamos.

—Me he ahorrado tomar un taxi —dijo la enfermera.

Deborah tuvo la delicadeza de traer un ramo de flores para mi mujer y Jack me regaló una pitillera de plata.

—¿A santo de qué? —inquirí yo.

Obsequio de un amigo. Hoy es tu fiesta.

Stewart llegó el último y se excusó por su múltiple trabajo.

—Parece que todos mis pacientes se hayan puesto de acuerdo en ponerse enfermos a la vez. Afortunadamente ninguno grave. Espero que me dejen pasar la velada tranquilo. De cualquier modo me he permitido dejar este número de teléfono por si alguien no puede prescindir de mí.

Un reloj dio las dos campanadas correspondientes a los cuartos para las siete. Nos sentamos a la mesa.

La cocinera se había esmerado en la cena, y la vieja Maude y la doncella sirvieron los platos y los vinos.

Todo el mundo brindó por mí, y luego, ya de sobremesa, Dorothy expuso sus proyectos donde figuraban un viaje a España en busca de sol y unas cuantas fiestas en proyecto.

Al fin llegó la sorpresa.

Ayudada por Maude y por mí mismo a instancias de la propia Dorothy, se levantó.

Sí. Mi esposa se incorporó de la silla y siempre con nuestra ayuda consiguió dar unos pasos que acabaron agotándola.

—¡Esto es portentoso! —exclamó el doctor Stewart.

—Es el principio, doctor —repliqué yo entusiasmado—. Irá a más. Lo presiento. Y lo ha hecho ella sola...

—No te hagas muchas ilusiones, cariño —sonrió ella fatigada por el esfuerzo—. Pero ya ves que por mí no quedará.

Se me ocurrió insistir sobre la necesidad de disponer de una enfermera y lo planteé.

Dorothy siguió negándose al principio:

—Éste es un trabajo que tengo que hacerlo yo misma, Roger. Una enfermera no conseguiría hacerme andar más de prisa.

—Se puede intentar... Una vez te caíste. No lo niegues que lo sé. Una enfermera podría ayudarte.

—No sé, no sé...

Aproveché su momento de duda para insistir.

—Deborah tiene amigas, jóvenes principiantes que ni tienen trabajo fijo. Será más fácil.

Deborah se apresuró a contestar afirmativamente.

—Bien. Ya hablaremos de esto. Ahora sigamos con tu fiesta, Roger. Porque pronto voy a parecer yo la protagonista y esto no es

justo.

Jack, acostumbrado a los ambientes americanos, propuso escuchar música y hasta cometió la indelicadeza de pedir a Deborah que bailara con él. Luego se dio cuenta del planchazo. No era lógico que sacara a bailar a la única persona que podía hacerlo habiendo una inválida en la casa, pero Dorothy, a quien jamás se le ha escapado ningún detalle, se dio cuenta y les animó a que siguieran.

—Bailen, por favor. A mí no me molesta. Lástima que falte otra muchacha para usted, doctor Stewart.

—La verdad es que yo tengo muy poco tiempo para bailar —afirmó el médico—. Casi ya no me acuerdo.

Mirando a mi esposa le dije:

—Un día también podremos bailar tú y yo. Aunque si quieres lo hacemos ahora. Te llevo en brazos.

—No seas chiquillo...

Sí. La fiesta terminó tan bien como empezó. Todos fueron marchándose, incluso Herbert al que apenas oímos la voz en toda la noche, pero que no quitó los ojos de encima a Deborah, sobre todo durante el par de bailes. Se fijó mucho en las piernas y llegué a pensar si en el fondo no era una especie de reprimido o algo parecido.

Jack se ofreció de nuevo a acompañar a la muchacha a quien dije antes de despedirnos:

—Mañana te llamaré por lo de la enfermera.

—No te precipites, querido —advirtió Dorothy—. Aún no estoy muy decidida.

Deborah sugirió:

—Bien, si me necesitas estaré en mi apartamento toda la mañana. Es mi día libre.

Por fin se fueron todos, yo traté de hablar con mi esposa sobre el asunto:

—Has empezado tu recuperación. No hay que desaprovechar el momento...

—Por favor, querido. Estoy cansada.

—Lo comprendo.

—Voy a tomarme un té. Me sienta bien antes de acostarme. ¿Te preparo uno para ti?

—Creo que hoy me sentiría incapaz de negarte nada. Ha sido

todo maravilloso, la fiesta y especialmente tu sorpresa.

La besé. Ella se encaminó hacia la cocina y yo la aguardé fumando un cigarrillo.

Supuse que la servidumbre dormía ya, estábamos solos en la casa. Por lo menos como si lo estuviéramos. Dorothy y yo, rememoré los meses felices y pensé que quizá volverían más pronto de lo que todos pensaban. Sí. Estaba animado.

Regresó Dorothy con las dos tazas de té sobre una bandeja que transportaba sobre los brazos de la silla.

Tomamos la infusión como si fuera la última copa de champán que se toma en una fiesta.

—¿Sabes, Roger? Esta noche quiero estar contigo...

—Siempre estás conmigo, querida.

—No, tonto. Quiero decir que... deseo estar contigo...

—Dorothy...

—Vamos, acompáñame... —susurró ella.

Aquella no fue una noche del todo grata. Tras los primeros momentos empecé a sentirme algo pesado, los mismos síntomas de antes de darme el desvanecimiento, una pesadez inexplicable. No le dije nada a Dorothy para no intranquilizarla.

Como apenas pude dormir me levanté pronto y salí de casa dando la excusa de que tenía trabajo pendiente en la oficina.

—Puedes mandarme a esa enfermera —me dijo mi mujer como si me hiciera un regalo. Sabía que a mi me gustaría que ella aceptara, y añadió—: Tengo más deseos que nunca de recuperarme.

Al volante de mi automóvil repasé mentalmente el diagnóstico que sobre mis dolencias me había facilitado el doctor Stewart:

—Es un cansancio muscular al que hay que añadir una cierta debilidad de tipo neurótico. Para que lo entiendas, es una flojedad general que afecta a tu cabeza. No es nada grave, pero ciertamente necesitas un buen descanso.

Bueno, Stewart y yo, por lo mucho que nos habíamos tratado últimamente, llegamos a tutearnos. Eso me dio más facilidad para tratar de mis problemas, por eso aquella mañana fui directamente a su casa particular. Esperaba encontrarle y así fue.

Le expuse mi estado y no pareció demasiado extrañado.

—De veras. ¿Es que esto no va a desaparecerme nunca? ¿Tengo acaso algo incurable? Dime la verdad...

—Claro que no. Son cosas lentas, ya te lo dije. ¿Te tomas las píldoras?

—Sí, pero...

—No te preocupes y tómate estas vacaciones. Ya ves que tu mujer está dispuesta a ir donde quieras.

—Demasiado complaciente, la fiesta de ayer... sus deseos repentinos de mejorar... ¿Qué pasa, Stewart? ¿Qué me ocultáis?

—Mira, no me salgas con manías. No tienes nada. Te doy mi palabra. ¿Estás más tranquilo, ahora?

Le vi con tanta firmeza que no tuve motivos para dudar. Y antes de irme le hablé de que por fin Dorothy había aceptado la ayuda de una enfermera.

—Algo es algo. Pronto volverán los buenos tiempos para ti. Lo que te sucede es que has tenido demasiadas preocupaciones y tú no estabas acostumbrado.

Me dio unas palmadas en la espalda y a guisa de despedida le dije:

—Hablaré con Deborah para que me busque en seguida esa enfermera. Iré directamente a su casa; espero que no sea demasiado pronto.

—No tengas tanta prisa. Sólo son las ocho. Déjala dormir ya que hoy es su día libre.

—Tienes razón. La llamaré desde la oficina. Gracias por todo, Stewart.

Marché más animado, pero no por ello desapareció mi malestar. No fui a la oficina directamente. No sentía el menor deseo y me dirigí a Hyde Park, me pillaba de paso y dejé el coche aparcado internándome por el parque. Sentía necesidad de respirar aire puro, de pasear, de ahuyentar mis molestias, de decirme a mí mismo que todo era normal y requería paciencia por mi parte. Pensé incluso en las proyectadas vacaciones a España.

Transcurrió algún tiempo. No sé exactamente lo que hice, paseé, pensé. Pensando transcurren las horas. Creo que fue la presencia del sol dándome en el rostro lo que me volvió a la realidad. Eran casi las once y yo ya estaba camino del apartamento de Deborah. Iba a pie. Sin duda todavía sentía deseos de seguir caminando. Sin embargo, no me encontraba cansado.

Pasé por delante de un bar y justo a la esquina, al lado del

callejón estaba el pequeño portal de la entrada de la casa donde vivía Deborah.

Era una casa antigua con sólo dos inquilinos. La puerta de la calle solía estar siempre abierta. Deborah vivía en la planta baja. La puerta estaba a la derecha del pequeño *hall*.

Era el suyo un apartamento pequeño que daba totalmente en el callejón y en la parte trasera que comunicaba con un patio por donde también se podía entrar.

Lo sé porque había estado varias veces allí antes de conocer a Dorothy.

Con los ojos cerrados hubiera podido recorrer todas las estancias. El pequeño recibidor, el salón, la pequeña cocina a continuación con una puerta al patio trasero, y la habitación y al baño con ventanas al mismo patio.

Llamé un par de veces hasta observar que la puerta estaba entreabierta. La empujé y llamé a la muchacha:

—Deborah.

Me extrañó el detalle de la puerta abierta. Ella solía cerrar siempre y cuando no estaba tenía buen cuidado en no dejar abierta la entrada de la cocina.

—Deborah.

Una ráfaga de aire sacudió mi rostro al pasar al recibidor. Al fondo pude ver la puerta del patio abierta. Había corriente.

«Quizá ha ido a tender alguna ropa» —pensé.

Caminé hasta la cocina y asomé al patio. No había nadie.

—Extraño —dije en voz alta.

El aire movió la puerta de su dormitorio y con tres o cuatro pasos llegué hasta allí para asomar la cabeza:

—Debor...

Las palabras se me helaron en mi garganta negándose a salir. Tuve que volver el rostro incapaz de resistir aquella atrocidad que tenía ante mí.

Sentí náuseas, pero reuní el valor suficiente para volver a mirar.

Deborah estaba allí.

Parte de su cuerpo yacía totalmente desnudo y ensangrentado sobre la cama...

Sólo parte de su cuerpo, porque las piernas le habían sido bárbaramente amputadas.

La sangre que estaba en todas partes no se hallaba totalmente coagulada.

Aunque no la toqué presentí que su cuerpo estaba todavía caliente. El asesino debió huir momentos antes que yo llegara.

Eso es lo que pensé, al menos...

CAPÍTULO V

Que aquella carnicería perpetrada en la persona de Deborah había sido obra de un maníaco era algo que no necesitaba que la policía lo confirmase. Sólo un perturbado podía ser capaz de cometer semejante monstruosidad.

Dije lo que sabía. Especifiqué a la hora que había llegado a la casa y todo lo que hice antes de encontrar a la desdichada muchacha.

El superintendente me confirmó:

—Según el forense la muchacha murió entre las 10.30 y 10.45. Ha sido bastante fácil poderlo precisar gracias a su oportuna llamada telefónica.

—Lo suponía. Estoy seguro de que por poco me lo encuentro en la casa.

—Lo extraño es que no hay señales de lucha, ni de ninguna clase de violencia previa... Lo cual parece dar a entender de que el asesino era persona conocida de la víctima, o alguien de quien ella no podía sospechar. ¿Conoce usted a los amigos de la señorita?

—Pues no... Últimamente no nos veíamos mucho. Bueno, quiero decir que hablábamos de cosas de tipo profesional.

—Usted nos ha dicho que la conocía antes.

—Sí. Ya lo hice constar en mi declaración.

—¿Y volvieron a encontrarse a raíz del desgraciado accidente que sufrió su esposa?

—Eso es.

—¿No había... y perdone la pregunta... ninguna clase de intimidad entre ustedes?

—En absoluto —respondí un poco molesto por la pregunta.

—Quizá el doctor Stewart pueda darnos mayor información...

—Lo dudo. Se conocían, pero ella no trabajaba para Stewart. Tal vez en el hospital. Alguna compañera suya.

—Gracias por su sugerencia, señor Wilder. Nada más por ahora.

Iba a marcharme cuando el superintendente me retuvo unos instantes para añadir:

—La mataron de una puñalada en el corazón. Iba vestida. La desnudaron después y luego le cortaron las piernas a hachazos. Seguramente no lanzó ni un grito. El golpe mortal fue muy certero.

No supe qué contestarle y salí del despacho del policía.

De aquel suceso se habló largamente en los periódicos y creo que fue la causa de que mi pesadez se acentuara.

Intenté pensar y pensar dándole vueltas al asunto.

Había una pregunta a la que me era imposible contestar. ¿Qué había estado haciendo yo, tanto tiempo, en el parque?

No conseguía recordarlo.

Sabía, eso sí, que entré en la casa a las once menos cinco minutos de la mañana.

Una de aquellas noches me había quedado a trabajar a pesar de la insistencia de Paula para que me marchara a casa.

—Vuelves a estar muy desmejorado. Se nota que no estás bien. No sigas arruinando tu vida.

—Déjame ahora, Paula, por favor...

Abrí cajones sin saber por qué. A veces hay cosas que se hacen instintivamente. Al fondo de uno de ellos había cosas que no las había tocado durante años. Allí encontré una llave y en seguida supe que pertenecía al apartamento de Deborah.

¿Qué hacía aquella llave allí?

—No puede ser —dije en voz alta.

Traté de recordar. En tiempos yo había tenido la llave de su apartamento, pero...

—Estoy seguro de que se la devolví...

¿Estaba realmente seguro? ¿Hubiera podido jurarlo?

No. En aquellos momentos no podía afirmar ni negar nada con absoluta rotundidad...

Y perdí la noción del tiempo que pasé jugueteando con aquella llave entre mis manos.

Al cabo de una semana justa del asesinato de Deborah, mi mujer y yo dimos comienzo a las planeadas vacaciones. El viaje lo realizamos en barco por expreso deseo de Dorothy. Embarcamos en

el *ferry* en Southampton rumbo a Santander, luego en coche nos dirigimos hacia el Mediterráneo.

Avanzada ya la primavera gozamos de un excelente clima y de la tranquilidad de unas playas todavía no invadidas por el turismo.

Fue como una segunda luna de miel, dentro de lo que cabía teniendo en cuenta el estado de Dorothy.

En el hotel saludé a la joven intérprete presentándola a mi mujer.

—Es Christel. Trabajaba para nosotros, pero prefirió venirse a vivir a España.

La joven Christel nos explicó que se había casado con el director del hotel, un español, y que todos los inviernos los solían pasar en Londres. Nos dio una tarjeta donde figuraba el nombre del marido, un tal Andrés Moreno a quien también recordaba de otros tiempos por cuestiones turísticas.

Aquella coincidencia nos hizo estar mejor atendidos, ya que por ser nuestro viaje estrictamente de descanso no había querido presentarme como director general de la empresa. Incluso había elegido un hotel con el que no teníamos relación comercial para que la incógnita fuera total.

Rugué a Christel que mantuviera el secreto de mi permanencia en la costa. Sabía que podía confiar en su discreción.

La carencia de clientes, por la época, y la coincidencia de encontrar al matrimonio insisto en que redundó en un mejor servicio. Dorothy fue exquisitamente atendida. En cuanto a mí me olvidé por completo de todas las molestias y sentía la sensación de estar plenamente recuperado.

Nos sobró tiempo para todo, pero jamás nos aburrimos. Las mañanas estaban destinadas a tomar el sol, por las tardes hacíamos excursiones en el coche y Dorothy ayudada por mí intentaba ponerse en pie y dar un paso o dos, pero esto la dejaba prácticamente extenuada.

Un día que habíamos ido hasta el faro de San Sebastián sobre las calas de Calella y Llafranch, apenas llegar un coche salió a bastante velocidad por una carretera poco apta para correr.

Por un momento me pareció reconocer al conductor al que tan sólo logré ver de refilón, pero en seguida me dije que no podía ser la persona que creí identificar.

—¿Sabes si tío Herbert suele venir a España? Me ha parecido verlo, pero seguramente estoy confundido.

—Es difícil saber dónde anda Herbert. Le gusta viajar. Claro que en esta época... Si fuera verano no te diría que no.

—¿Por qué precisamente en verano? ¿Le gusta tostarse al sol?

—Le gusta ver a las mujeres ligeras de ropa. ¿No conocías esta particularidad de mi silencioso y taciturno tío?

—¡No me digas!

—No es un defecto que a un hombre le gusten las mujeres. Pero a él le gustan de una manera especial. Sé que en tiempos coleccionaba a las chicas que salen fotografiadas en las revistas...

—Si le gustan tanto las mujeres por qué no se ha casado —pregunté yo frente a los acantilados bajo los cuales se estrellaban las olas de un mar ligeramente revuelto.

—Pregúntaselo a él. A mi padre siempre le había preocupado su comportamiento, pero de esas cosas no hablaba conmigo naturalmente.

Reí de buena gana.

—¡Caramba con el tío Herbert! De todos modos no debía ser él. Tuvo tiempo de vernos. Nos habría saludado.

Dorothy se encogió de hombros. Probablemente no estaba muy segura.

Al regresar al hotel teníamos una postal que nos mandaba Jack desde Londres. El y el doctor Stewart eran los únicos que conocían nuestras señas. Ni siquiera en la oficina sabían dónde yo estaba. Ni Paula.

Jack se limitaba a desearnos una feliz estancia.

Correspondimos con otra postal, ampliando el cupo de correspondencia al doctor Stewart con el clásico: «Saludos desde la Costa Brava».

Simple cortesía, aunque otros lo hagan para dar envidia a los amigos.

Al cabo de tres semanas insinué la posibilidad de dar por terminada nuestra estancia en España.

—Si crees que está bien... —dijo Dorothy.

—Me siento mejor que nunca —asentí y decía verdad.

—Sin embargo, dos días antes del regreso comencé de nuevo a sentir pesadez y malestar. Aquello me contrarió de veras.

«¡Cielos!», clamé para mis adentros. «¿Es que nunca volveré a ser una persona normal?».

Traté de disimular delante de Dorothy, pero ella pareció notarme algo.

—Me ocultas la verdad. Esta mañana has salido a pasear antes del desayuno. Te has levantado temprano. Cuando haces esto es que te ocurre algo —observó ella.

—No es nada. Una ligera indisposición. —Y decidido fui a hablar con Christel para que preparara la cuenta para el día siguiente.

Christel no estaba. Me atendió otro recepcionista para comunicarme:

—La señora Moreno no está. ¿No lo sabe? Desde anoche que nadie sabe dónde está. Salió un momento.

Creo que dijo que iba a comprar algunos cartones de tabaco antes de que cerraran y no volvió. La Guardia Civil la está buscando. El pobre señor Moreno está desesperado.

—Lo comprendo.

Luego lo comenté con mi mujer.

—¿Qué puede haberle pasado?

—Un accidente, tal vez.

—La habrían encontrado. En este tiempo hay poco tránsito por las carreteras. Es extraño, ¿no?

Claro está que Dorothy, al igual que yo, no podía adivinar lo ocurrido.

Cuando regresamos a Londres, Christel aún no había sido encontrada. Y aunque yo no tenía nada que ver con ello, el asunto me preocupaba y empecé a pensar en mis dolencias.

¿Cuándo empecé a sentirme mal?

¿Qué hice después de la cena?

Dorothy se quedó leyendo y yo fui a pasear. Eran algo más de las ocho. ¿Qué hice exactamente?

Por más que me esforcé no pude recordarlo.

CAPÍTULO VI

—Sigo teniendo lagunas en mi memoria, Stewart. Hay lapsos de tiempo que transcurren sin que yo pueda precisar lo que he hecho. Esto no puede seguir así.

Al día siguiente de nuestra vuelta fui a ver al médico sin decirle nada a Dorothy.

—Te haremos un nuevo reconocimiento, pero insisto en que esto es muy extraño. En fin, tal vez habrá que cambiar el tratamiento. Vuelve dentro de un par de días. Te dedicaré toda la mañana. Te haré análisis, radiografías y todo lo que haga falta.

Entretanto compré todos los periódicos tratando de encontrar información sobre la desaparición de Christel.

No había información alguna.

—No vienes muy animado de las vacaciones —me dijo Paula.

—Creo que me hacen falta algo más que unas vacaciones —le respondí totalmente deshecho.

—¿Qué te pasa, Roger?

—Espero que mañana el médico me lo diga. Perdona. ¿Has hecho que compraran los periódicos de la tarde?

—Sí. ¿Esperas que publiquen una noticia importante?

Le hablé de Christel. Paula tenía que conocerla porque coincidieron durante una época cuando estábamos en la otra agencia.

—¡Christel! Sí, creo recordarla. ¿Dices que desapareció?

—Sí. Y de una forma muy rara. Quiero saber si la han encontrado. Los periódicos hasta ahora sólo han publicado una gaceta de agencia.

Tampoco los periódicos de la tarde traían ninguna información al respecto. Los eché a la papelera y me dispuse a regresar a casa cuando al salir me topé con Jack.

—¡Vaya hombre, creí que seguís en España!

—Regresamos ayer.

—Un poco más y nos vemos en la Costa Brava.

—¿Pensabas ir?

—Acabo de regresar de allí —explicó Jack.

—¡No me digas!

—Un antiguo cliente me hizo unas consultas por carta desde Barcelona, me pedía unos informes algo antiguos y pensé que sería mejor llevárselos personalmente, de ese modo a la par que viajaba tenía una excusa para venir a veros. Sabes que me encanta viajar...

—¿Estuviste en el hotel?

—Ayer por la noche.

—¿Oíste hablar de esa mujer que desapareció? Estaba en la recepción. Es inglesa, casada con un español...

—Ahora que lo dices, había un poco de revuelo, oí hablar de algo, pero como no me interesaba no puse demasiada atención... ¿Dices que desapareció?

—Sí. El día antes de nuestro regreso.

—¿La conocías?

—Sí. De la otra agencia.

—Bueno. Ya la encontrarán supongo.

—No es eso, es que...

—Pareces muy afectado.

—Simplemente deseo conocer el desenlace.

—Ya lo traerán los periódicos... ¿Y tú qué tal? Repuesto del todo, ¿eh? Precisamente venía a verte para preguntártelo. Llamé antes a Dorothy y me dijo que estabas en la oficina.

—No sé cómo estoy, Jack. Ésta es la verdad —repuse.

Anduvimos en silencio hasta donde había dejado aparcado mi automóvil. Jack rompió la pausa para decirme.

—Si tanto interés tienes en ese asunto de la chica desaparecida hablaré con un amigo del *Daily News*, el podrá darme información.

—Te lo agradeceré, Jack. ¿Por qué no vienes mañana a cenar con nosotros? Ya sabes que a Dorothy le encanta.

—Te cojo la palabra.

Habíamos llegado al coche y le pregunté si quería que le dejara en algún sitio.

—Llevamos direcciones opuestas. Hoy tengo una cita. Primera clase —y me guiñó un ojo.

Por unos instantes le envidié sinceramente recordando las citas de mis tiempos. Entonces no tenía problemas.

Poco después tomaba rumbo hasta mi casa.

Pasé la mañana siguiente en casa de Stewart sometiéndome de nuevo a toda clase de exámenes y pruebas. Como seguía encontrándome mal me hizo aumentar la dosis de medicamento que consistía en un poderoso estimulante cerebral, unido a unas tabletas amarillas para combatir mi supuesto cansancio muscular.

Compré de nuevo los periódicos y al atardecer regresé a casa. Jack se me había anticipado y traía noticias frescas.

—Puede que mañana aparezca alguna reseña en los periódicos. De momento puedo decirte que la tal Christel Moreno ha sido encontrada.

Palidecí temiendo lo peor.

—Al parecer la habían secuestrado. Es algo extraño. Ella apenas ha podido dar explicaciones.

Reaccioné positivamente. El corazón acababa de darme un vuelco.

—Entonces... ¿Vive?

—Sí, por supuesto, vive —sonrió Jack.

—¿Y no sabes lo que le ocurrió?

—Parece que la golpearon, y no recuerda nada más. La encontraron unos pescadores dentro de una cueva. La habían desnudado y atado a no sé dónde. La amordazaron también, y posiblemente hubiera muerto porque al parecer es imposible ver el fondo de la cueva desde el agua. Sólo a la salida del sol en los días claros, cuando los rayos penetran en el interior. Tuvo suerte que esos pescadores pasaran por allí en el momento preciso. La pobre estaba en un estado calamitoso. Es todo lo que puedo decirte.

—Cuando se reponga —dije—, quizá recuerde a la persona que la agredió.

—¿Y a ti por qué te interesa tanto? —Sonrió Jack.

—Simple curiosidad —dije y traté de variar de conversación, pero Jack me anunció.

—El marido dice que en cuanto esté en condiciones piensa alejarla de allí para llevarla a su casa de Londres a pasar unos días de descanso. Si sabes donde vive podrás hablar tú mismo con ella.

—Tal vez lo haga. Nos dio una tarjeta. ¿Verdad, Dorothy?

—Sí, es cierto, pero ¿crees que vale la pena...?

Me encogí de hombros. Y la verdad es que aquel caso no me hubiera preocupado tanto si yo hubiese podido justificarme a mí mismo dónde pasé un determinado lapso de tiempo aquella noche.

Era algo parecido a lo ocurrido cuando mataron a Deborah... Que por cierto seguían sin encontrar al criminal.

Era el día señalado para ir a recoger el resultado de los análisis que me había efectuado Stewart, cuando los voceadores de periódicos gritaban:

—¡Una nueva víctima del Sádico! Lean toda la información sobre el asesinato de una joven modelo.

Compré el periódico y sentí como si mi corazón fuera a paralizarse al leer el nombre de la víctima:

Joan Calvert.

Era la Joan que yo había conocido antes de Deborah, en los tiempos en que dudaba sobre la conveniencia de cambiar de empresa.

Joan, quizá la más hermosa de todas las chicas que había conocido.

Su fotografía, un primer plano de su rostro, aparecía sobre el breve reportaje.

Ignoraba que Joan se hubiese dedicado a modelo. Luego en el artículo leí que posaba para un fotógrafo de escasa reputación.

«Retratos pornográficos» pensé y sentí que hubiera llegado hasta ese trabajo, aunque bien mirado había que reconocer que Joan no era una muchacha demasiado equilibrada. Quería ser demasiadas cosas sin decidirse por ninguna, pero era de una buena fe excepcional.

Recuerdo perfectamente el relato del crimen:

«Apuñalada como en el caso de la enfermera Deborah, fue posteriormente desnudada. El perverso criminal le mutiló los senos.

»Según la policía, e igual que en el caso anterior, la infortunada modelo no ha sido violada».

Según el periódico el crimen se había cometido entre las ocho y las nueve de la tarde anterior y el cadáver no fue descubierto hasta cerca de la medianoche cuando una compañera de cuarto que trabaja como chica de conjunto en una revista teatral la descubrió al llegar al apartamento.

Instintivamente me dije:

—Entre las ocho y las nueve estaba en el restaurante italiano cenando con Paula.

Había que despachar unos asuntos y como siempre Paula se ofreció para ayudarme, en compensación la invité a cenar.

Recordé que salimos del restaurante aproximadamente a las nueve menos cuarto y yo la acompañé hasta la puerta de su casa en el coche.

Aquello me reconfortó y me dije a mí mismo que era un perfecto idiota dejándome asaltar por estúpidos temores. Hablando claramente. No era posible que yo fuera capaz de atacar a una mujer. Que no recordara lo que había hecho en unas horas determinadas podía ser una enfermedad, pero de eso a pensar que yo podía ser un asesino...

Más animado, aunque no mejor físicamente, dejé el periódico sobre mi mesa de despacho y me dispuse a dictar unas cartas a Paula.

—Cada día hay más trabajo. Sospecho que hoy tendré que quedarme otra vez. ¿Verdad, jefe?

—Pues no. Dos días seguidos sería demasiado. No quiero abusar de tu bondad.

—¿Dos días seguidos? Que yo sepa ayer salimos puntuales. Y tú el primero.

—¿Cómo? —Palidecí.

—Fui yo quien te recomendó que salieras a tomar el aire. ¿No lo recuerdas?

—¿No fue ayer que salimos a las siete y fuimos al restaurante italiano a cenar y luego te acompañé a casa?

—No, cielo. Eso fue anteayer.

El mundo se me vino encima... ¿Qué había hecho yo el día anterior al salir de la oficina?

Me excusé con Paula.

—Perdona. Tienes razón. Fue anteayer... Bueno, escribe tú misma las cartas. Yo tengo que hacer un par de visitas que también se me habían olvidado.

En la calle recapacité. Conté los días y en efecto Paula tenía razón. El día que fuimos juntos a cenar no era la noche anterior como había pensado...

Me detuve en una cabina telefónica para llamar a mi mujer:

—Dorothy. No te asustes, no pasa nada. Sólo quiero hacerte una pregunta. Se trata de mi maldito reloj, le da por retrasarse. Nunca sé a la hora que vivo. He estado discutiendo con unos empleados sobre la conveniencia de quedarse algo más en la oficina para quitarnos de encima el trabajo.

—¿Vendrás tarde otra vez? —preguntó mi esposa.

—No, no. Hoy me toca descansar.

—Excelente...

—Ya está bien de llegar tarde. ¿Recuerdas a la hora que llegué ayer? Con lo del reloj que se me atrasa...

No sé si Dorothy tragó el anzuelo, lo cierto es que no hizo el menor comentario.

—No lo sé exactamente, pero eran más de las nueve y media. De esto estoy segura.

Cuando colgué me pregunté qué había estado haciendo durante ese tiempo.

Al volante de mi coche traté de revivir paso a paso la tarde anterior desde la salida de la oficina.

Creí recordar que había tomado el coche y me había detenido en un lugar... Luego me vi a mí mismo andando..., quizá por un parque. Todo era muy confuso y se sucedían las lagunas. Tuve la impresión de que me había encontrado con algún conocido, pero no podía precisar siquiera si era hombre o mujer...

Tan obsesionado estaba tratando de recordar que fui multado por un guardia por haberme pasado un semáforo en rojo.

Dorothy había dispuesto ya la celebración de la primera fiesta y yo acepté por ella porque la verdad no sentía el menor deseo de rodearme de gente, más bien necesitaba estar solo, lejos de todos, sólo conmigo mismo.

Lo comenté con Paula durante uno de los breves almuerzos que a menudo tomábamos juntos en la cafetería cercana a la oficina.

—Eso no puedo decírselo a mi esposa. Sería atormentarla y bastante tiene con su invalidez.

—Te comprendo perfectamente, Roger, y quisiera hacer algo por ti. ¿Sabes? A veces me he repetido a mí misma que fui una estúpida al no casarme contigo cuando me lo propusiste aquel verano en España...

Me emocionaron aquellas palabras porque en el fondo yo seguía sintiendo una gran atracción hacia aquella muchacha a quien los años —aunque pocos— no habían cambiado en absoluto. Y por una vez me pregunté si había amado del mismo modo a mi esposa que a ella. Acabé pensando que habían sido sentimientos distintos porque no se puede querer del mismo modo a dos personas diferentes.

—Ahora eres un marido fiel y yo te admiro. Roger, pero eso no impide que desee ayudarte. Y sé que no puedo. No sé... A veces me parece que estás como... ¿Cómo te diría yo? Atrapado... Quizá la palabra no es la adecuada.

—¿En qué sentido?

—No lo sé. Pero has cambiado, aunque desees ser el mismo de siempre...

—Son estas condenadas molestias... Espero que se me pasen pronto, porque... tienes razón, yo deseo ser el mismo. Es como si... algo me lo impidiera.

Fue justo entonces cuando volvió a mi aquella desagradable sensación de ser espiado.

Vi al hombre. Debía tener unos cuarenta años, era algo más bajo que yo. Quizá un metro setenta y cinco a poco más. No era muy corpulento, pero su rostro era agresivo. Fue una visión fugaz, luego se alejó hacia el callejón inmediato.

—¡Esta vez le he visto! —exclamé y salí en pos de él sin que Paula supiera exactamente qué era lo que yo había visto ni hacia donde me dirigía.

Me dirigí a grandes zancadas hacia el callejón dispuesto a todo. Aunque nunca he sido un tipo violento, durante mi tiempo de servicio militar me destaqué bastante en toda suerte de pruebas de atletismo, y hasta hice mis pinitos en el boxeo, además de tomar algunas lecciones de *jiu-jitsu*, judo y karate.

Al llegar al callejón el individuo se escurría por el otro lado. Aceleré el paso para darle alcance.

—El hombre al que perseguía cruzó la calle entre los coches para enfilarse por otra calleja. Le vi correr al darse cuenta de que le había descubierto.

Sorteando los automóviles me planté hasta la entrada del nuevo callejón.

Conocía bien aquello. Sabía que al final sólo podía tomar una

dirección; hacia la izquierda.

Corrí en dirección opuesta buscando un corredor con el que ganaría terreno puesto que la calle donde el otro saldría discurría en diagonal y la línea más corta era el final del corredor que yo había elegido.

—No me equivoqué. Ambos casi chocamos de frente. No le di tiempo a reaccionar. Le sujeté por las solapas de su americana oscura y le zarandeé al tiempo que le preguntaba:

—¿Por qué viene usted siguiéndome?

—¡Suélteme! ¡Está loco! ¿Quién le ha dicho que yo le sigo?

—Le he visto a través de los cristales de la cafetería. Me espiaba. Y no es la primera vez.

—Suélteme. Se confunde usted. Suélteme o lo lamentará. —El tipo no estaba cohibido ni mucho menos. Su voz sonó amenazante y como yo me negué a soltarlo esgrimió sus habilidades con una llave que me obligó a dejarle libre. No contento con ello disparó su puño contra mi abdomen. Indudablemente sabía elegir los sitios más vulnerables para pegar.

Acusé el dolor que me produjo su dura pegada, pero pude reaccionar antes de que continuara golpeándome y así pude parar con el antebrazo el directo que iba recto a mi mentón.

—No saldrás, de aquí hasta que me digas quién te paga para que me vigiles —amenacé y al mismo tiempo le devolví el golpe alcanzándole en mitad del pecho. Debió ser bastante contundente porque mi antagonista trastabilló ligeramente.

Le sacudí de nuevo en el rostro y conseguí derribarle.

Me acerqué para levantarlo, pero retrocedí al ver el brillo de algo que había aparecido de pronto en sus manos. Se trataba de una navaja automática de considerables proporciones.

—Quieto si no quieres que ésta sea tu última hombrada. Ya te dije que te habías equivocado de persona.

Se levantó apoyando su espalda contra la pared mientras movía la mano velozmente haciendo cortes en el aire con el arma con la que me mantenía a distancia.

Pensé que era un experto en el manejo de la navaja y puse todos mis sentidos en tensión para que no me cogiera desprevenido.

—Apártate... Voy a marcharme y te guardarás muy mucho de seguirme... ¿Lo has entendido?

El avanzaba hacia mí con la mano extendida, flexionando el brazo rápidamente.

—Te lo advierto, si intentas algo irás derecho al hospital o a algún sitio peor.

Intenté hacer un amago, para ver de lo que era capaz.

No fue por valentía sino por pundonor y también porque no deseaba dejarle escapar ahora que estaba seguro de que me seguían de veras y no se trataba de una alucinación.

Mi contrincante reaccionó de forma fulminante intentando hundir la navaja en cualquier parte de mi cuerpo. Yo lo había previsto y tratando de recordar algunas de las argucias que había aprendido en la milicia intenté desarmarle.

No tenía la agilidad de diez años antes, pero mis reflejos seguían funcionando. Me hice a un lado y salté con los pies por delante sorprendiéndole totalmente porque el individuo recibió el golpe de lleno y cayó de espaldas.

Más ágil que él me incorporé primero y cogí con fuerza su brazo para retorcérselo y obligarle a soltar la navaja.

Lo tenía totalmente a mi merced, y ya casi había conseguido mi objetivo cuando apareció el policía por la esquina.

—¡Alto! —gritó al ver la pelea.

Vacilé un instante lo cual fue aprovechado por el espía para soltarse la presión y ponerse a correr.

Yo me quedé allí. Sabía que persiguiéndole me enfrentaba automáticamente contra la autoridad.

—Tenía una navaja, agente... Ese hombre me viene siguiendo... Trataba de saber quién era... Por favor, debo alcanzarle.

Pero era ya demasiado tarde. El tipo se había esfumado y yo tuve que seguir respondiendo a las preguntas del agente que muy cuidadosamente anotó mis datos personales.

CAPÍTULO VII

—¿Podrías describirme a ese sujeto? —me preguntó Jack cuando se los hube contado.

Le di más o menos las señas que había retenido en mi mente y añadí:

—De lo que estoy seguro es de que podría reconocerle entre un millar.

—Pero haría falta cogerle... —sonrió el abogado.

—Me pregunto por cuenta de quién me seguirá.

—Pero ¿estás seguro de que es el mismo que viste en otras ocasiones?

—No. No puedo estarlo porque las otras veces jamás le vi la cara como ahora.

—Quizá eran figuraciones tuyas.

—No, Jack, hay cosas que uno no podría inventarlas.

—No digo que las hayas inventado, sólo imaginado, porque en realidad las otras veces no viste a nadie en concreto.

Tuve que admitir que tenía razón, pero...

—Ahora estoy seguro.

—Quizá ese hombre no te espiaba. Se limitó a mirar y coincidisteis los dos.

—Entonces ¿por qué diablos corría?

—Por miedo. Y yo qué sé...

—¿Miedo? No. Te aseguro que no es de la clase de tipos que se asustan fácilmente. Manejaba la navaja muy bien. Esa gente no corre delante de nadie sino más bien detrás. Te lo digo yo... Si corría es porque no quería dar explicaciones y suponía que yo iba a pedírselas. Claro que como detective privado no lo admito. Era de baja ralea y me hubiera pinchado de no andarme con cuidado...

—Los detectives a veces emplean cierta clase de gente —adujo mi amigo—. Claro que en tu caso...

Se quedó reflexionando y luego preguntó algo que ya me había preguntado otra vez:

—Todos tenemos enemigos en la vida. Lo importante es conocerlos. ¿Sabes cuáles son los tuyos?

—Lo siento, pero no conozco a ninguno. Jamás he hecho nada para tenerlos.

—Pero los tienes, no te quepa duda y pueden surgir de donde menos esperas.

—Tal vez, pero no lo creo.

—Si admites que te siguen...

—Sí, Jack... Y eso es lo que más me extraña. ¿Por qué...? ¿Por qué me siguen?

La pregunta sigue aún hoy en el aire, porque nadie pudo contestarla ni tampoco yo pude probar la veracidad de mis afirmaciones. Pero estoy seguro de que alguien pagó a aquel hombre de la navaja, aunque quizá nunca sepa no sólo quién fue sino por qué lo hizo...

Los acontecimientos que se sucedieron durante los siguientes días me hicieron olvidar el incidente anterior.

Entre otras cosas se celebró la primera de las fiestas programadas por mi mujer.

Aunque no estuviera para saraos, debo reconocer que estuvo muy animada.

Viejos amigos se reunieron en la casa para comer, beber y divertirse.

Dorothy se puso uno de sus nuevos vestidos. Estaba hermosa. Costaba trabajo pensar que era una inválida.

Una nueva silla, casi normal, era su trono desde el que presidía el guateque.

Tuvo muchos regalos y los reproches de quienes deseaban verla más a menudo.

Recibimos muchas invitaciones para, otras fiestas que pensaban dar nuestros invitados.

La reunión acabó tarde y Dorothy, que había aguantado con la sonrisa en los labios hasta el final, mostró su cansancio, pero al mismo tiempo se la veía satisfecha.

—Voy a tomar mi té. Creo que hoy he batido el récord.

Tomamos juntos la infusión y antes de irnos a acostar ella me

preguntó si estaba dispuesto a aceptar alguna de las invitaciones recibidas.

—Eso tú debes decidirlo.

—No, querido. Tú... Tú eres quien debe llevarme y ahora mejor que nunca he empleado la frase.

—Te llevaré donde quieras.

A la semana siguiente la llevé a casa de los Hennesy, que habían sido uno de los amigos más significados de la familia y cuyas relaciones, si bien se habían enfriado con el tiempo, seguían aún vivas y cordiales.

Nunca sabré si Dorothy mostraba aquellos deseos por mí o si lo hacía realmente porque deseaba de nuevo reanudar la vida mundana aunque fuera desde su disminución física.

El caso es que aquel par de semanas me parecieron distintas...

La realidad de lo que no había dejado de torturarme se patentizó de nuevo con la noticia que leí en un periódico el domingo siguiente.

Christel Moreno y su marido estaban en Londres pasando una temporada de descanso. En la noticia se recordaba que la joven había sido golpeada y atada en el interior de una cueva marina en la Costa Brava, de España.

Necesitaba hablar con Christel. Era arriesgado, pero tenía que hacerlo.

Yo tenía unas horas en blanco la noche que a ella la secuestraron y Christel, por su parte, tenía la probabilidad de reconocer a su agresor.

La llamaría primero por teléfono para pedirle una entrevista y una vez ante ella fingiría un gran interés por todo lo ocurrido. Más o menos le diría:

—«Es curioso, yo aquella noche también fui a comprar tabaco. Sabía que en el supermercado cierran tarde. Debimos cruzarnos. ¿No me viste?».

Éste sería el anzuelo para hacerla hablar, quizá ella me diría que me vio pasear distraído... O quizá que yo me acerqué... No lo sé. Esperaba que me diera una pista.

La llamé por teléfono:

—Sí. Sí, desde luego que le reconozco, señor Wilder. Puede venir mañana si lo desea. Por la mañana. No pienso moverme de casa.

Le había telefonado el lunes, por lo tanto el día de la cita era el martes.

Me dirigí a las señas de Christel a media mañana, me pareció la mejor hora.

Eran las diez y media cuando llamé a su puerta. En realidad no fue necesario llamar. La puerta estaba entreabierta y presentí lo peor.

No me equivoqué. Apenas asomé por el *hall* pude ver el charco de sangre sobre la que descansaba la joven Christel. Tenía amputada una pierna y seccionado un seno.

Tuve que apoyarme contra la pared y traté de acompasar mi respiración.

Mi corazón latía con tal fuerza que amenazaba con abrir una brecha y saltar fuera de mi pecho.

—¡Dios mío! ¿Quién puede ser capaz de hacer una cosa semejante...? ¿Quién?

Ya no eran sólo náuseas lo que sentía. Era espanto, terror y asco. Un profundo asco.

Calculé el tiempo que había tardado en llegar a casa de la pobre muchacha, y una vez más surgieron aquellas fatídicas lagunas en mi mente.

—¡Dios! Voy a volverme loco. Esto no es normal. ¡No es normal!

Creo que alcé la voz y oí pasos en la escalera de la casa. Yo estaba en el segundo piso, pero ni siquiera me preocupó que alguien subiera o entrara en la casa. Estaba como paralizado. Pensando en lo ocurrido. En el criminal capaz de cometer semejantes barbaridades.

—Yo... Yo no puedo haber hecho esto... No puedo...

Aunque no consiga recordar dónde he pasado el tiempo, no puedo haberlo hecho. No soy capaz.

Había una cosa lógica en mi descargo, y es que yo amo la belleza. Me gustan las mujeres hermosas, disfruto contemplando una bella anatomía femenina. Me gustan las piernas bien torneadas, los bustos fuertes y bien proporcionados, me fascinan las curvas femeninas. No. No es lógico, por tanto, que pueda destruir lo que más me gusta. Sería una contradicción.

Sin embargo, me asaltó una vez más aquel temor, aquella angustia. La sospecha de que yo pudiera tener algo que ver. De que

en mí hubiera dos personalidades distintas. No... No sería el primer caso en la historia, ni el último.

Al fin, sin preocuparme del poco o mucho tiempo que había pasado frente a la horrible visión de la muchacha mutilada, atiné a avisar a la policía.

El superintendente Hallyday, a quien ya conocía a raíz del asesinato de Deborah fue el que se encaró otra vez conmigo.

—No trae usted mucha suerte a las personas, señor Wilder. En cuanto se decide a visitar a una mujer la encuentra asesinada. Y es curioso que en ambos casos la víctima haya sido asesinada por procedimientos parecidos. Puñalada certera en el corazón y ensañamiento posterior. Obra de un sádico. No hay duda. Veamos. ¿Qué puede decirme...?

Le conté mi interés por la muchacha. Mi deseo de saber algo más de lo que dijeron los periódicos con respecto a su secuestro en la Costa Brava de España, y añadí:

—Hablé de ello con mi mujer. Ella encontró perfectamente que yo fuera. No hay nada de extraño...

—Sabemos que Christel Moreno fue atacada en España. ¿Piensa usted que ambos casos puedan tener relación?

—No se me ocurrió, señor Hallyday —manifesté.

—Usted estaba allí cuando secuestraron a la señora Moreno. ¿No es así?

—Sí, desde luego —afirmé.

—Bien, bien... Tal vez vuelva a necesitarle. Si por algún asunto profesional o privado tiene que ausentarse, dígamelo, por favor...

—Esto quiere decir que...

El superintendente me cortó.

—Quiere decir simplemente que volveré a necesitarle y me gustará saber dónde puedo hallarle. Compréndalo. Nos encontramos ante un caso que presenta las mismas características que las anteriores. Tres mujeres han sido asesinadas de la misma forma.

Guardé silencio. Comprendía la magnitud del caso y admitía que el superintendente pudiera sospechar de mí. Al fin y al cabo en dos ocasiones había sido yo el que había telefoneado denunciando el crimen.

—Por cierto —siguió el policía—. ¿Usted conocía a la modelo que asesinaron anteriormente?

Dudé un instante antes de contestar, pero no quise negar la realidad.

—Sí, La conocía, pero hacía mucho tiempo que no la había visto. Su muerte fue una verdadera sorpresa para mí. Aunque no lo crea, yo sentía una profunda estimación por esa chica...

—Nadie lo duda, señor Wilder —repuso el superintendente Hallyday con cierta frialdad.

No me hicieron muchas preguntas, pero yo estaba convencido de que sospechaban de mí.

Decidí acudir a Stewart.

—¡Ayúdame, por favor o voy a perder la razón si es que no la he perdido ya!

—Por favor, serénate. ¿Quieres un trago? Te serviré un *whisky*. Me dio un vaso cuyo contenido apenas tomé.

—Ya no me apetece nada, Stewart... De veras. Yo era una persona normal. Poseo vigor, fuerza. Lo demostré peleando con un maleante. Físicamente estoy bien. Es mi mente la que falla. Yo siempre he tenido reflejos rápidos. He tenido y tengo que decidir cosas importantes y raras veces cometo un fallo. No soy pusilánime. Tengo decisión... Entonces, ¿por qué estoy así?

—Cálmate. Relájate.

—¿Cómo quieres que me calme? Existen lagunas en mi mente... Momentos que vivo sin darme cuenta. ¡Tengo una doble personalidad!

—Esto es absurdo... Te he examinado dos veces. Si quieres podemos tener una consulta con otros médicos. Tú estás bien. De veras. Tú estás bien. Vives momentos de depresión que afectan a tu memoria. Todo esto pasará cuando sanes de la depresión nerviosa en que vives...

Le expliqué mis sospechas, se lo dije confiando en el secreto profesional. Me sentía culpable sin creer que lo fuera. Le confesé que un no sé qué interno me hacía aparecer a mí mismo como el asesino de aquellas mujeres.

—¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante monstruosidad? — Me atajó con firmeza.

Su fulminante reacción me reconfortó sin llegar a tranquilizarme por completo.

—¡Devuélveme la memoria, Stewart y entonces tendré la absoluta certeza de que soy inocente!

CAPÍTULO VIII

Recuerdo que paseaba a orillas del Támesis. Habían transcurrido dos o tres días del asesinato de Christel. Desde entonces apenas pisé la oficina. ¿Para qué? ¿Cómo podía un hombre como yo dirigir una empresa tan importante? Estaba perdiendo la confianza en mí mismo y mi única obsesión era recordar. Recordar esos lapsos totalmente oscuros de mi mente.

Durante aquellos días no había hecho otra cosa que recorrer Londres a pie.

Aquella mañana me había alejado bastante. Me hallaba en uno de esos lugares infectos que uno jamás cree que puedan existir en su propia ciudad.

Entre unas casuchas, antiguos almacenes de conserveros que hoy sólo sirven como criaderos de ratas, dos hombres estaban hablando, cerca de una vieja taberna. Les miré casualmente. Uno de los dos tipos se alejó guardándose algo en el bolsillo de su chaqueta.

Había algo característico en aquel individuo. Algo que me era familiar y por eso me fijé.

¡Se trataba de Herbert!

¡Herbert, el tío de mi esposa!

Herbert dobló por una calleja y desapareció. Ignoro si me vio, pero instintivamente iba a seguirle cuando me fijé en el otro individuo. Estábamos ambos a unos quince metros de distancia aproximadamente y por un instante nuestras miradas se cruzaron.

—¡Cielos! —exclamé.

Era la segunda sorpresa que me llevaba en breves segundos. Porque aquel sujeto era el tipo de la navaja.

Apenas verme echó a correr.

Yo sabía, lo había dicho, que aquel individuo no era de los que corren por miedo. Entonces si trataba de huir era para evitar tener que dar explicaciones.

Le perseguí en medio de un piso lleno de lodo, pero me perdí en un laberinto de pasadizos, de patios desiertos y abandonados, y de montones de basura y chatarra.

Durante más de una hora estuve yendo de un lado para otro tratando de localizar su pista, pero al fin me di por vencido. El sujeto debía de conocer aquel terreno mucho mejor que yo y se había largado para no tener que explicarme qué relación le unía con el tío de mi mujer.

Cansado, pero con un rayo de luz en mi mente, decidí visitar a la única persona que en aquellos momentos pensé que podía ayudarme.

Encontré a Jack enfrascado en la lectura de unos libros de leyes cuando entré en su apartamento.

Me había franqueado la puerta su eventual secretaria. Recuerdo que me dijo que se llamaba Lavinia, pero la verdad es que casi no me fijé en ella.

Fue cuando pronunció mi nombre:

—¡Roger!

—¡Lavinia! No sabía que trabajaras aquí.

—Ya ves —sonrió ella.

En aquellos instantes no podía pensar en los instantes que pasé junto a ella en mis tiempos de absoluta libertad. Había sido una más a endulzar mi vida de soltero. Tenía un carácter un tanto especial, agresivo a veces, pero era muy dulce para el amor.

Pero yo tenía algo más importante en mi cerebro, y por eso en aquella ocasión casi ni la hice caso.

Posteriormente nos vimos en un par de ocasiones, pero sin tiempo para hablar porque ella tenía compromiso. Lo digo ahora como un inciso, porque esos encuentros con Lavinia no tuvieron la menor importancia. Aunque la verdad es que en la última de las dos ocasiones con el tiempo justo de tomarnos un Martini tuve otra vez la sensación de que alguien iba detrás de mí, pero no pude distinguir a aquel sujeto, que motivó mi presencia en casa de Jack Heller.

Volviendo pues al despacho de mi amigo, la breve conversación entre Lavinia y yo quedó cortada con la presencia del abogado.

—¡Ah, eres tú! Pasa, hombre. Precisamente quería hablar contigo.

Luego, cuando nos quedamos solos en su despacho, como a Jack no le había pasado inadvertida la mirada entre Lavinia y yo, me comentó guiñándome un ojo.

—Guapa secretaria, ¿eh? La tengo hace poco. Lástima que esté comprometida. Porque es un auténtico bombón.

En aquel momento no le dije nada, me interesaba abordar el asunto que me había llevado hasta su casa. Fue algunos días después que le dije que Lavinia había tenido que ver conmigo unos años antes.

Me puse a hablar de lo que me interesaba más vivamente.

Tras escuchar mi relato sobre el encuentro que apenas una hora antes acababa de tener sonrió con aire de suficiencia.

—Desde que estuvimos hablando he estado haciendo algunas averiguaciones. He intentado verte a solas, pero últimamente resultas muy difícil de localizarte... —Y añadió en tono confidencial —: Es algo que prefiero tratar contigo, a solas, por eso no he pasado por tu casa.

—¿De qué se trata?

—De ese sujeto con el que tuviste el altercado. El de la navaja...

—Es el mismo que vi hoy. Y estaba hablando con Herbert. Le dio algo que el viejo se guardó en el bolsillo.

—Imagino lo que era... Cálmate. Toma un *whisky* y escucha.

Estaba impaciente para conocer las noticias que iba a darme mi amigo, pero él se mostró muy calmado, muy seguro de sí mismo como de costumbre.

—Tu hombre se llama Lambert. Bueno. Utiliza varios nombres, pero el auténtico es Victor Lambert y no es detective privado, aunque a veces si le pagan bien acepta ciertos trabajos poco confesables. Está fichado por la policía, últimamente no se le ha podido probar nada ilegal, aunque se da por supuesto que sus impresos no son todo lo claros que debieran ser.

Dejé que Jack continuara explicando todo lo que sabía al respecto.

—Uno de los negocios del sujeto en cuestión es la pornografía.

Como arqueé las cejas mostrando cierta confusión, Jack repitió:

—Sí, sí. Has oído bien. Lambert trafica con revistas que no están a la venta, muy aptas para solterones o perturbados que prefieren ver escenas fotografiadas a ser protagonistas de ellas.

—Entonces, te figuras que el tío Herbert...

—El tío de tu esposa es de éstos. El tema es algo delicado, pero Dorothy me insinuó algo al respecto.

—¿Has hablado con ella?

—Ya te dije que había intentado verte. La verdad es que tienes un poco preocupada a tu mujer.

—Lo sé, Jack. Y necesito que alguien me ayude. He visto de nuevo al doctor Stewart. Le insistí sobre lo que me ocurre... Es necesario que estas cosas no me vuelvan a ocurrir. De veras que tengo miedo. A veces... A veces hasta temo no reconocerme a mí mismo.

—Necesitas mucha tranquilidad, Roger.

—Mis vacaciones no sirvieron de nada. Yo sigo igual... Y esos crímenes.

—Pero ¡Por todos los Santos! ¿Qué es lo que imaginas?

—No lo sé... De verás. Estoy realmente confundido. Y sé que voy a estallar. De veras, Jack. Ya no puedo más.

No volvió a ocurrir nada alarmante en el par de semanas que siguieron a los últimos acontecimientos, si bien la Prensa seguía ocupándose de los asesinatos, apremiando a la policía para que diese con el misterioso asesino.

Digo que no volvió a ocurrir nada más, pero me refiero únicamente a mi circunstancia. Por lo demás sí sucedió algo importante para mí. Fue la marcha de Paula. Me di cuenta de que con ella perdía una de las pocas personas en quién podía descargarme en la seguridad de ser comprendido.

Can Paula pasaba muchas horas en la oficina, y a veces no podía por menos que recordar viejos tiempos.

—¿Volverás alguna vez? —le pregunté durante aquel breve almuerzo.

—No estoy muy segura. Ya me conoces. No puedo estarme mucho tiempo en el mismo sitio.

—Hazlo por mí. Dentro de una temporada.

—Por ti lo hago, Roger.

—¿Te vas por mí?

—Sí, Roger. Yo no puedo ayudarte en nada, y sufro. No es agradable estar cruzada de brazos. Yo sé que conmigo no te ocurrirían estas cosas. ¡Y ea! Lo siento, ya he hablado demasiado...

Lo comprendí en seguida aunque ella con una sonrisa quiso quitarle importancia a lo que acababa de decir. Yo la conocía bien. Creo que fue en ese momento cuando mejor la comprendí.

Nos miramos fijamente a los ojos. Ella me quería y era una tortura tenerme a su lado pensando en que yo pertenecía a otra mujer.

—Bien... Sólo puedo desearte suerte —musité.

—Esa tía mía de Harlow es la única pariente que tengo. Me ha rogado un sinfín de veces que vaya a pasar una temporada con ella. Ahora voy a complacerla. Allá en el campo pondré mis ideas en orden.

—Escríbeme de vez en cuando —le pedí.

—Sí. Roger. Una postal como a los amigos.

Regresamos juntos a la oficina y por un momento tuve la ingrata sensación de que alguien nos espiaba. Me volví un momento, pero no vi a nadie en concreto y mucho menos a Lambert.

Paula y yo nos metimos en mi despacho. A ambos parecía que se nos habían acabado las ganas de trabajar. Luego repentinamente nos dimos un beso.

—¿Te das cuenta? —dijo ella.

Y yo callé. ¿Qué podía decir?

Quizá en otras circunstancias se me hubiera pasado por la cabeza la idea de pedir el divorcio, pero tal y como estaba Dorothy hubiera sido un crimen. Y además. ¿Por qué? Yo quería a mi mujer. La he querido siempre... aunque quizá también estuviese un poco enamorado de Paula, pero era otra cosa, difícil de explicar y que tampoco viene al caso. Sólo lo he mencionado porque dije al principio de este relato que lamentaba el que jamás pudiera volver a verla.

Y llegó el día de la fiesta de los disfraces. Jack Heller, para celebrar la inauguración del *cottage* que se había comprado a pocos kilómetros de la City, quiso hacer algo original que fue acogido con entusiasmo.

Aquella era la noche que Paula había elegido para marcharse de Londres, pero procuré olvidar el asunto y me disfracé de acuerdo con las directrices que más o menos había insinuado mi mujer.

Ellos dos. —Dorothy y Jack— lo habían tramado todo y mi esposa estaba realmente entusiasmada. Se había hecho confeccionar

expresamente un extraño atavío blanco y una máscara fantasmagórica.

Llegamos los primeros porque aunque Dorothy no lo manifestara, yo ya sabía que a ella le fastidiaba hacer su entrada delante de los invitados sentada en su silla de ruedas.

Jack me tomó un momento aparte y me dijo:

—He invitado a Lavinia.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque me gusta. ¿Te parece mal?

—No, pero... Dijiste que tenía novio.

—Ya no. Se ve que le gusta variar. Bueno, yo tampoco la quiero para toda la vida. —Y guiñándome un ojo añadió—. No tienes mal gusto, ¿eh?

—Eso se acabó hace años, Jack. Ya te lo dije.

—Pero volviste a verla.

—Fue un tropiezo casual. Aquella mañana en tu despacho casi ni me fijé en ella. Venía obsesionado. Recuérdalo.

—Bueno, todo esto ha pasado a la historia. ¿Eh?

Yo no estaba muy seguro de que «mi caso» hubiese pasado a la historia y no puedo decir por qué en aquellos momentos tuve un nefasto presentimiento, que procuré borrar de mi imaginación.

Comenzó a llegar la gente, la casa se animó, la bebida corría a raudales y yo tomé bastante más de lo que estaba acostumbrado. Estaba nervioso aunque procuraba disimularlo.

Jack hizo los honores a todos, aunque siempre que podía sacaba a bailar a Lavinia que estaba realmente preciosa con su traje de María Antonieta y la peluca que completaba su perfecto atuendo.

La fiesta estaba en su apogeo y yo busqué la ocasión para hablar con ella. Me acerqué primero para pedirle que bailásemos y noté que también ella había bebido bastante. Lo que decía no era lógico.

Yo le había dicho:

—Soy un monstruo —fingiendo una alegría que me estaba empezando a faltar. No quería que nadie se diese cuenta de que Lavinia y yo nos conocíamos de antiguo. Quizá era una estupidez, pero me hubiese fastidiado que alguien pudiera pensar que la había hecho invitar adrede aprovechando el estado de mi mujer.

—Y así que eres tú, Roger —respondió ella—. Lo que deseo es que la monstruosa mujer que tienes por esposa no nos importune en

estos momentos.

Aquellas palabras me parecieron de muy mal gusto toda vez que ella no conocía lo suficiente a Dorothy para permitirse tales licencias que sólo podían admitirse a título de broma; y por otra parte yo no le había dado pie para que ella pudiese pensar que mis deseos de hablarle tenían como fin el reanudar nuestra anterior vida amorosa.

Había bebido, sin duda y por eso pensé que sería mejor hablarle a solas...

Tenía necesidad de hacerlo. La razón era muy sencilla. Hasta aquel instante todas las víctimas del sádico criminal habían sido mujeres que de un modo u otro tuvieron relación conmigo; Deborah, Joan, Christel.

Pensé en Paula... Quizá debiera advertirla. Todo se me ocurrió en aquel instante. ¿Cómo no lo pensé antes?

Insisto en que fue un presentimiento. Como si de repente un rayo de luz hubiera iluminado alguna parte de mi cerebro que hasta entonces estaba a oscuras.

Empujé suavemente a Lavinia hacia el despacho de Jack con la intención de poder hablar a solas con ella sin que nadie nos molestara.

Ella creyó otra cosa.

—No, Roger, no —insistió ella—. Aquí no.

—Sólo dije que quería hablar contigo. Que tenía necesidad de hacerlo por tu propio bien.

—No te entiendo.

Seguramente la decepcioné.

—En realidad quizá lo consideres una estupidez, pero tengo que hacerlo, ¿sabes? Quiero que lo sepas...

Y hay alguien más que debe saberlo.

Volví a pensar en Paula. ¿Estaría aún en su apartamento? No. Demasiado tarde, lo más probable es que ya hubiera llegado a casa de su anciana tía.

Vacilé, mientras Lavinia tenía la mirada fija en mí.

—¿Qué te pasa?

—Nada —murmuré.

—A ti te ocurre algo...

Sí. Seguramente me estaba ocurriendo lo de otras veces. Aquella

cosa inexplicable que sin duda cambiaba mi personalidad.

No lo sé. No sé en realidad lo que pasó.

¡No puedo recordarlo, maldita sea!

Pero lo que sí puedo decir es que cuando la gente comenzó a chillar ante el cadáver mutilado de Lavinia, yo estaba en la cocina y pude escuchar como alguien decía:

—¡El sádico! ¡El sicópata está entre nosotros!

Sí. Ya lo saben. Yo era el último que había estado con ella. Y nos vieron entrar en el despacho. Eso no podía negarlo.

CAPÍTULO IX

Ya he dicho que Jack Heller me defendió como si se tratara de su vida la que estuviera en peligro.

No consiguió nada a pesar de sus alegaciones referentes a mi enfermedad.

—El dictamen de los médicos que le han atendido —dijo el profesor que compareció ante el juicio como testigo del fiscal— prueba que el señor Wilder está perfectamente sano.

No. Nadie creyó en mis lagunas mentales. Lo de aquellas extrañas amnesias fueron consideradas como invenciones mías, excusas para librarme del castigo.

La casualidad de que yo me hallara presente en los lugares del crimen en tres ocasiones fue otra de las tesis que esgrimió el superintendente.

En cuanto a Joan, la única de las víctimas en las que yo no intervine para llamar a la policía, aunque oficialmente nadie me vio en su apartamento, dos testigos afirmaron haber visto salir a un hombre más o menos de mi estatura.

Claro que eso no habría sido una prueba para condenarme, pero desgraciadamente existían las otras tres, y en todas estaba yo en la casa cuando ocurrió.

En contra mía estaban también algunas ausencias de la oficina o de mi propia casa que no podía justificar y luego mi propia pasividad por defenderme, quizá por el hecho de que estaba acomplexado de culpabilidad.

Me extrañó que dada la publicidad que se había dado al caso, Paula no hubiera acudido al juicio, pero recordé de entre las cosas que me dijo su firme decisión de estar una temporada apartada del mundo:

—«No leeré periódicos ni escucharé la radio ni veré la televisión. Además mi tía vive apartada de Harlow. Un lugar ideal para hacer

un auténtico lavado de espíritu».

No sentí nada cuando el juez con voz grave pronunció la sentencia.

Yo iba a ser el primero que ahorcaran después del restablecimiento de la pena capital. Yo, Roger Wilder, un asesino.

Desde el momento en que supe cuál iba a ser mi suerte, hasta estos instantes que forman parte de la última noche de mi vida, Jack Heller ha estado constantemente en contacto conmigo, pero si no se produce un milagro ya no volveré a verle. A las diez se despidió de mí después de haber estado luchando por conseguir un aplazamiento.

—Estoy seguro de que he cometido un fallo en mi defensa. Y no logro encontrarlo. Algo... algo que podría ser la clave.

—¿Tanta confianza tienes en mi inocencia?

—Si no la tuviera, Roger, no te habría defendido.

—Lo siento por tu prestigio.

—Por eso precisamente, Roger. Ya sé que estas palabras suenan a egoísmo. Nunca he negado que no fuera un egoísta. En el fondo, todos lo somos un poco. Creía, y creo, en tu inocencia. Sabía que el caso se presentaba difícil, pero no hasta ese extremo. La verdad es que no me has ayudado mucho... ¡Maldita sea! Si yo pudiera saber a qué fuiste a la cocina...

—Ya lo dijeron. Huí por la ventana. Estaba abierta y entré por la puerta de la cocina.

—Sí. Eso es lo que dicen. Pero tú no hiciste esto. ¿Qué hiciste?

—Ya te conté lo que pasó, Jack. Trataba de prevenir a Lavinia. Me acordé de Paula. Entonces comencé a sentir una especie de mareo igual que las otras veces.

—Y saliste de la habitación.

—No lo sé.

Recordaba el cuerpo de Lavinia, mutilada sobre el sofá. Todo lleno de sangre, la larga bata, junto al hacha, ambas cosas abandonadas por el asesino.

—Dijeron que me había puesto la bata para no mancharme el traje. Y era a mi medida.

—Indagué sobre esto, Roger. Por si en alguna tienda podían reconocer a la persona que había comprado una de esas batas últimamente, pero es un artículo corriente, se venden muchas a

diario.

Jack quedó pensativo buscando el cabo suelto que ni yo mismo era capaz de hallar.

Luego le avisaron que ya no podía permanecer más tiempo a mi lado.

—Piensa qué fuiste a hacer a la cocina —fueron sus últimas palabras—. Quizá aún sea posible haces algo. Haz que me avisen si recuerdas algún detalle importante.

Estoy pensando...

Yo recordé a Paula. Pensé que ella también podía correr peligro y que quizá de algún modo convendría advertirla, aunque fuese demasiado tarde...

Pienso para mí que todo esto debió ocurrírseme antes, que hubiera debido de presentir el peligro antes y avisarla, ¿pero de quién iba a prevenirla si el asesino era yo mismo?

Son las seis de la mañana. Falta una hora para que me ejecuten. Éste es el fin de mi historia.

El

Big-Ben

dejó sonar los cuartos con su musical resonancia. Luego siguieron las siete majestuosas campanadas.

Había trajín en la prisión. Idas y venidas, llamadas telefónicas, y un verdugo esperando.

Quien llegó a las siete y un minuto fue Jack Haller.

A Roger no le habían comunicado nada. Desde donde estaba tampoco había podido oír las campanadas y él carecía de reloj en aquellos momentos.

El abogado llegó acompañado de dos agentes y de un representante del fiscal.

—No es para hacerte muchas ilusiones, Roger —saltó Jack—, pero, de momento, te han concedido el aplazamiento.

Ni siquiera se le ocurrió preguntar qué argumentos había esgrimido para conseguir alargar su vida.

Roger se enteró después, en otro despacho. Jack le mostró un periódico.

—No pienses que estuve durmiendo. Busqué, indagué... Y al fin tuve la recompensa, el amigo que trabaja en la agencia de noticias

me informó de esto.

«ATENTADO CONTRA UNA JOVEN»

«A medianoche tuvo efecto un atentado a una joven con las mismas características de las víctimas del Sádico. Afortunadamente esta vez el crimen no ha llegado a consumarse, pero ahora nos preguntamos. ¿Era realmente el asesino el hombre al que van a ahorcar?

»La presunta víctima no pudo dar muchos detalles, pero aseguró que por lo que ella pudo ver, quien la atacó era un hombre vestido totalmente de negro, con un sombrero que le tapaba los ojos y llevaba un pañuelo negro cubriéndole la nariz. Trató de apuñalarla cuando ella se iba a acostar y empezó a gritar. El hombre la persiguió unos instantes, pero ante los chillidos de la muchacha optó por huir por la escalera de incendios a fin de no ser descubierto».

—No es fácil suspender una sentencia. Se ha estado debatiendo el asunto toda la noche, pero ante la duda se ha acordado el aplazamiento. Luego sabremos los términos de esa moratoria, pero, de momento, nos permitirá trabajar —dijo Jack.

Hasta aquel momento Roger no se había preocupado por el nombre de la fallida víctima. Seguía como aturdido, recién salido de un sueño hipnótico.

Luego se fijó: Hellen Darble.

—¡La muchacha que debía ocupar el apartamento de Paula! ¡Cielos! La confundieron con ella. ¡Jack!

De repente una luz se encendió en su mente y soltó:

—Yo hablé con ella la noche de la fiesta.

—Eso ya lo sé —repuso Jack, fríamente—. ¿Qué más recuerdas?

—Hablé con ella. Sé que era una estupidez, pero... lo intenté. Pensé que ya no estaría en su casa, pero me dije... «La nueva inquilina» podrá decirme si la vio marcar. Estaré más tranquilo. —Y volviendo el rostro hacia Jack añadió—: Hellen y Paula eran amigos.

—¿Es todo lo que recuerdas?

—En la habitación... quiero decir en tu despacho del *cottage*... cuando empecé a sentir aquella especie de desvanecimiento Lavinia me dijo algo...

—¿Qué fue lo que te dijo?

—«Has cambiado mucho, Roger —eso fue lo que me dijo—. Has cambiado. Antes no me hubieras encerrado en un despacho para hablar... No pareces el mismo, ni siquiera aguantas la bebida...».

Tras una pausa añadió:

—Lavinia nunca tuvo un lenguaje demasiado exquisito.

—¿Te dijo alguna de esas cosas desagradables?

—Bueno. Había bebido y yo... yo me desvanecía.

—¿Qué te dijo?

—Que me fuera a vomitar y volviera cuando se me pasara el mareo.

—Y tú...

—Yo... la hubiera estrangulado en aquellos momentos. Calla. Te van a oír —le dije—. Hace un momento temías que nos sorprendieran y ahora parece que lo estás deseando.

—«Porque antes creí que ibas a hacerme el amor...» —dijo y siguió riendo.

Todos callaron, esperando a que Roger concluyera su relato.

CAPÍTULO X

Roger revivió la escena.

Lavinia reía. Reía como una loca. Roger seguía en pie frente a ella, con la mirada algo borrosa, pensando en que de un momento a otro iba a perder el sentido como ya le había ocurrido en alguna Otra ocasión... Y aquellas risas contribuían a atormentarle en su debilidad.

Iba a estallar. Hizo un esfuerzo, un gran esfuerzo para sobreponerse y...

—Salí de la habitación —declaró.

—¿Fuiste a la cocina? —preguntó Jack.

—No a la cocina exactamente. Buscaba un teléfono. Había uno en el salón y otro en tu despacho, pero quería hablar a solas... Por eso fui... al fondo del corredor. Había uno colgado en la pared.

—Sí. Hay uno —corroboró Jack.

—Llamé al número de Paula y hablé con Hellen. Me dijo que ella había salido del apartamento a las siete y que esperaba tomar el tren en la Estación Victoria a las 7.35, tenía el tiempo bastante justo. Yo le pregunté si tenía las señas de Harlow, ella no me las había dado ni yo insistí en ello dado que yo era el principal causante de su marcha. Hellen tampoco sabía sus señas. Colgué el teléfono y oí que uno de los camareros decía: «Hay que cerrar esa puerta si no esa maldita corriente acabará conmigo». Se refería a la puerta que hay al lado de la cocina, en el pequeño recibimiento del servicio.

—Exacto. Hay una puerta que debía estar cerrada.

—Alguien la abrió —dijo Roger.

—¿Quién?

—Eso no lo sé, pero oí cómo discutían sobre el asunto. Uno decía que la habría abierto alguien que quiso salir al jardín... El asesino tal vez.

—Creo que vamos por buen camino, Jack.

—Espera. Fue entonces cuando oí los gritos de la gente. Debí permanecer un par de minutos después de haber colgado, quizá tres...

—El tiempo. Eso puede ser muy importante.

—Bueno, tardé bastante en dar con el teléfono, luego tuve que marcar un par de veces. Hellen tardó bastante en contestar. Dijo que estaba en el baño. Quizá en total... desde que dejé a Lavinia hasta que descubrieron el cadáver unos 7 u 8 minutos...

—El asesino tuvo poco tiempo —repuso Jack pensativo—. Evidentemente no consiguió seccionarle la pierna, pero para clavarle un puñal, arrancarle la ropa y destrozarle un seno no se precisan muchos minutos.

—Entonces fue él quien salió por la ventana. El asesino.

—Seguramente, Roger, seguramente. Ahora habrá que probar esto.

Jack Heller consideró imprescindible la presencia de Roger en los lugares donde se habían cometido los otros tres asesinatos en Londres, a fin de que fuera recobrando la memoria que le fallaba justamente en esos momentos críticos.

Con la palabra de honor del detenido y la responsabilidad de su abogado, incluida la vigilancia de dos agentes del Yard, Jack consiguió un especialísimo permiso para que Roger saliera de la prisión y recorriera los escenarios de los respectivos crímenes.

Empezaron con Deborah.

—Yo había estado haciendo tiempo en Hyde Park antes de ir a visitarla. Había salido de la casa particular del doctor Stewart y él mismo me recordó que Deborah, por tener el día libre, seguramente estaría más tiempo descansando.

—¿Por qué ibas a visitarla? —interrumpió Jack.

—Para decirle que buscara una enfermera que cuidara a Dorothy. La noche anterior mi mujer había accedido a ello.

—De acuerdo. ¿Y a partir de qué momento pierdes la memoria en Hyde Park? —interrogó el abogado.

—No lo sé exactamente. Paseé sin rumbo. Creo que aquí no hay nada que recordar. Perdí la noción del tiempo y llegué demasiado tarde, pero sé que el asesino me había precedido en muy poco.

—¿No recuerdas si viste algo que te llamara la atención, algo, no

sé... cualquier cosa que te fuera familiar?

—Quedé aterrado ante aquel espectáculo.

—Es lógico, Roger, pero esfuérzate.

—Es inútil... Aunque allí el asesino no había dejado ninguna bata.

—Lo cual quiere decir que no le importaba mancharse de sangre.

—Pero tenía que salir a la calle. Forzosamente salió por la puerta trasera. Es posible que allí le esperara un coche. Aquello es muy solitario, difícilmente iban a verle.

—¿Viste tú algún coche?

Roger negó con la cabeza.

En casa de Joan no había ido.

—Tuve dudas al principio, pero ahora estoy seguro... Cuando salí de la oficina fui a dar un paseo. Tomé el coche y lo aparqué cerca de Regent Park. ¡Sí! Me metí por un callejón y entré en un tugurio. Estuve bebiendo unas copas. ¡Ahora lo recuerdo! Me caí y querían llevarme al hospital, pero no perdí el conocimiento por completo y pude levantarme y salir corriendo de allí. ¿Cómo pudo haberseme olvidado esto? Si el dueño de aquel antro lo recuerda podré probar que cuando mataron a Joan yo estaba a dos kilómetros de distancia de su casa.

Los encargados de ciertas tabernas son poco propicios a dar ciertos informes y en principio Roger no tuvo suerte.

—¿Pueden colgarme, sabe? Cuando yo me desvanecí aquí estaban asesinando a una muchacha y me quieren cargar el crimen.

El hombre pareció pensarlo mejor y miró a otro tipejo que se hallaba sentado en una mesa ante una copa de *gin* y otra de cerveza.

—Está bien —gruñó al fin—. Sí. Estuvo aquí. Recuerdo ese día porque después de haberse marchado éste vinieron los de la brigada a asustar a mis clientes. Cada vez que vienen hago una señal en el calendario. Ahora vienen más a menudo que antes y mi local es un sitio honrado. Puede que le falte una mano de pintura, pero aquí no viene mucha gente y si viene, ¿yo cómo puedo saberlo? Sí. Era ese día, pero no esperen que vaya a declararlo a ninguna parte. ¿Eh?

Jack pensó que de momento ya era suficiente. Tenía dos buenos

testigos de lo que había declarado el tabernero.

En el asesinato de la joven Christel también había llegado momentos después de que el criminal pudiera completar su sádica labor. Se entretuvo comprando un medicamento para su esposa. Tuvo que buscar en un par de farmacias porque resultaba bastante difícil de encontrar.

—¿Cómo no llegué a acordarme? Seguramente todavía tengo el paquete en el bolsillo de la gabardina que llevaba ese día... Con todo lo que sucedió se me olvidó por completo... Ahí está el detalle que no lograba recordar.

—¿Dorothy no te pidió el medicamento?

—Dorothy sin conocer la realidad de mis sospechas, sabía que yo no estaba bien y seguramente no quiso atosigarme. Por otra parte esos medicamentos solía llevarlos el doctor Stewart, precisamente por la dificultad que hay en encontrarlos en las farmacias. Es posible que se lo pidiera a él. Después de todo no lo necesitaba con urgencia, procuramos siempre que haya de repuesto... En fin, creo que ya lo he recordado casi todo. Es extraño. ¿Por qué ahora sí y antes no?

—Eso puede tener una explicación, Roger. Has estado mucho tiempo solo en la prisión. Has tenido ocasión de reflexionar.

Roger no quedó demasiado convencido del razonamiento de su amigo.

El siguiente paso del abogado lo realizó sin la compañía de Roger.

Su interlocutor era el profesor Asbitt.

—Supongamos que una persona sea hipnotizada sin darse cuenta y vive bajo control del hipnotizador... ¿Puede éste, en unos momentos determinados, obligar a su víctima a olvidar totalmente ciertos momentos de su vida?

—¿Obligarle a distancia? ¿Es eso a lo que se refiere?

—Sí, profesor Asbitt. Veo que me ha comprendido.

—Creo que es posible, siempre que el sujeto esté bajo dominio permanente del actor, pero naturalmente en un caso criminal sería difícil probarlo.

—Eso ya lo supongo.

—De todos modos su hipótesis es algo difícil, aunque no

imposible, por supuesto. En primer lugar la persona hipnotizada en tales circunstancias debería ser muy idónea. No todos los sujetos son susceptibles de ser hipnotizados.

—¿Hay algún otro medio para debilitar la mente a una persona hasta este extremo?

—Existen medicamentos, por supuesto, aunque éstos no determinan en qué momento especial se producirá la crisis. Claro que ante un hecho emocional, ante una tensión muy fuerte, esa debilidad producida por la droga administrada actúa sobre el cerebro y puede producir la laguna de memoria o breve amnesia.

—Bien, profesor. Su ayuda me ha sido muy valiosa.

—En ese caso me alegro de haberle podido ser útil. Aunque insisto en que estas cosas son difíciles de probar.

Jack pasó aquella noche revisando una serie de datos e informes que él había recopilado.

Su nueva secretaria le había dejado sobre la mesa algunos papeles llegados a última hora. El abogado hizo algunas comprobaciones.

—Caramba, caramba —exclamó al fin leyendo un recorte de periódico—. Herbert Williams, quince años más joven, pero es el mismo. «Detenido por la policía sospechoso de prácticas contrarias a la decencia».

También en su nueva celda Roger seguía poniendo en orden sus ideas. Lentamente todo le iba pareciendo mucho más claro. A pesar de su inactividad se sentía más ágil y sus reflejos funcionaban a la perfección, como antes de que empezaran sus extraños trastornos. Y recordaba cosas, ataba cabos.

—No es casualidad que las muchachas asesinadas fueran todas conocidas mías. —Y volvió a tomar apuntes con la esperanza de poder poner un final feliz a su historia.

»Empiezo a sospechar que el asesino es alguien que se mueve a mi alrededor. Tiene que ser una persona extremadamente hábil ya que siempre procura anticipárseme por minutos. Seguramente trataba de perjudicarme. Sí. Lo hacía todo de modo que yo pareciese el culpable. Pero ¿por qué? ¿Qué puede ganar el criminal con que se me inculpe a mí? ¿Mi muerte? ¿En qué le beneficiaría? ¿Mi dinero? Mi dinero es tan mío como de Dorothy, por lo tanto mi desaparición del mundo de los vivos no tiene por móvil el asunto

económico. Acaso es la venganza. ¿Pero quién y por qué quieren vengarse de mí? ¿Quién tiene motivos? ¿Quién puede odiarme de este modo?».

—Esto son figuraciones tuyas —le dijo su esposa aquella mañana en una visita especial que le había sido concedida, una más desde que aplazaron la ejecución.

—No, Dorothy. No son figuraciones. Han tratado de hacerme aparecer como culpable.

—Me alegro de verte tan mejorado, Roger y estoy segura de que sea quien sea el culpable no tardará en ocupar tu lugar... Y para entonces, Roger, espero también yo estar mejor...

—¿Has hecho progresos?

—Quería que fuera un secreto... Pero ya consigo mover algo más las piernas... Sobre todo la derecha.

—¡Qué alegría me das, Dorothy!

—No cantes victoria. Es solo... yo diría que la ilusión. Cuando supe que no iban a... ¡Dios mío! —Ocultó el rostro entre las manos. Roger la animó.

—Cariño. Cuando Jack me telefoneó para darme la noticia del... aplazamiento, me puse en pie. Fue solo un momento, pero me dije que aquello era una buena señal. Creo que en adelante todo irá bien. Lo presiento.

—Yo también, Dorothy. Yo también.

Jack visitó a la esposa de Roger aquella misma tarde.

—Siento tener que hablarte de este tema, pero es muy necesario.

Dorothy había escuchado todo lo que el abogado le contó respecto a su tío Herbert y tuvo que admitir que era verdad.

—Es un tema que papá ya procuró olvidar en su día... Sí... Es verdad. Herbert tiene libros de hipnotismo y lo practicó, supongo que con pésimo resultado. No hemos querido averiguarlo ni entrar en detalles... Pero por esa época que tú mencionas se unió a otros como él y se reunían en no sé qué sitios con muchachas y probaban de hipnotizarlas para... luego ya puedes suponer que no era con fines demasiado decentes. Papá hizo lo que pudo para sacarle del atoladero. La policía no pudo probar nada y entre todos procuramos olvidarlo.

—Pero sigue teniendo afición a todo lo pornográfico.

—Es mejor que no me lo cuentes.

—No he terminado aún, Dorothy. ¿Sabes si Herbert y tu marido se han visto a menudo? Solos me refiero. Más o menos por la época en que comenzaron esos crímenes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Era sólo una pregunta.

—¿Tratan de acusar a mi tío de algo?

—Trato de salvar a tu marido, Dorothy... Me he valido de una estratagema para conseguir ese aplazamiento. Estoy luchando contra reloj. Si la policía descubre la verdad.

—¿Qué verdad...? No te entiendo.

—Nadie lo sabe, Dorothy Ni siquiera Roger.

—¿Qué es lo que nadie sabe?

—La única persona capaz de ayudar a tu marido, aparte de yo y de ti misma era una muchacha llamada Paula.

—No la conozco.

—Era su secretaria. Bueno, se conocieron antes, pero ésta es una historia antigua... Tu marido te ha respetado siempre y no le estoy haciendo propaganda. En fin, Paula se marchó de la oficina para ir a cuidar a una tía suya en Harlow. No se enteró de nada hasta que la amiga que ahora ocupa su apartamento contestándole una postal le dijo lo que pasaba. Nadie podía avisar a Paula, ¿comprendes? Nadie podía hacerlo porque no se sabía cuáles eran sus señas. Cuando Paula lo supo regresó en el primer tren y fue a verme a mí. Quería ver a Roger pero yo le aconsejé que quizá sería contraproducente. Faltaban dos días para la ejecución y yo veía imposible aplazarla, pero necesitaba esa moratoria porque estaba seguro de que Roger era inocente.

—¿Y qué hiciste?

—Le pedí que me ayudara... No podía utilizarla a ella ni a ti por razones obvias así que conseguí que Paula convenciera a su amiga para que fingiera el atentado. Un atentado en que todo tendría visos de realidad porque yo mismo estuve en el apartamento e hice exactamente lo que Hellen contó después. Me expuse a que el vecindario me viera para que pudiera corroborar las declaraciones de Hellen.

—¿Hiciste esto por mi marido?

—Sí, Dorothy y volvería a hacerlo.

—De modo que ese nuevo atentado era falso.

—Totalmente. Y temo que la policía pueda llegar a descubrirlo. Si eso sucede antes de que encuentre al verdadero culpable, Roger será ahorcado.

Dorothy ocultó el rostro entre sus manos.

CAPÍTULO XI

—Mira, Jack. No quiero ser melodramático. Aquí lo he anotado todo. Si mi caso se tratara de un relato de la gran Agatha todo mi pequeño mundo sería sospechoso. —Roger hizo una pausa y mirando sus acotaciones prosiguió—: El doctor Stewart tiene motivos para matarme, para casarse con mi mujer y gozar de nuestra saneada fortuna, tú mismo podrías ser el criminal por viejas rencillas de los tiempos de estudiantes. Yo te quitaba siempre las novias. ¿Lo recuerdas?

Jack sonrió.

—¡Naturalmente tu disimulo es perfecto al llegar hasta el final fingiendo que haces lo indecible por salvarme de la horca...! Luego tenemos al reprimido tío Herbert. Necesitaba matar aquello que no puede conseguir y cargar a otro el mochuelo. Hasta incluso se podría incluir a Paula, convertida en asesina por despecho. Sin olvidar a Lambert, mi espía, pagado por una empresa rival, La Dambe, por ejemplo, que nos tiene ojeriza y yo soy el principal obstáculo. ¿Qué te parece?

—Que hablemos en serio, Roger —espetó Jack gravemente—. Nos queda poco tiempo. Mira esto.

Le mostró un periódico:

«CADÁVER FLOTANDO EN EL TAMESIS»

—¡Lambert! —exclamó Roger.

—Sí, amigo. Lambert. Y no ha sido un accidente. Le han asesinado. Claro que no le faltan enemigos en todos los frentes, pero me huelo que su muerte está relacionada contigo.

Los reflejos del condenado funcionaron rápidamente.

—¡Un asesino a sueldo! Le mataron para que no hablara.

—Justamente, Roger. Hemos perdido una prueba, pero quizá no

sea la última. Esta noche vas a salir. Tengo un permiso especial para ello, pero tienes que hacer exactamente todo lo que yo te diga.

Roger y Jack iban juntos en el automóvil que conducía el abogado.

—¿Sabe mi mujer que voy a casa?

—Naturalmente. La he avisado con tiempo.

—¿Y dices que la casa está vigilada?

—Discretamente vigilada. Nadie se daría cuenta.

—¿Y Paula?

—Supongo que Paula está ahora con Dorothy. Hace rato que salió de su casa.

—¿La vigilan?

—Vigilan a todo el mundo.

—¿Y Stewart? —preguntó Roger.

—Stewart no está en su casa, ni en su consultorio. No se le ha podido encontrar. En cuanto a Herbert está avisado para que venga, pero más tarde.

Tras una pausa, Roger tratando de dominar su nerviosismo inquirió:

—¿Y si esto no sale bien?

—No saldrá bien de ninguna manera, Roger. ¿Verdad?

—Sí. Quizá tengas razón. De todos modos pienso que me está sucediendo algo extraño. Debería sentirme sorprendido y no es así...

—Tú tienes una sospecha, igual que yo. ¿No es así?

—¡Basta, Jack! Detén el coche. No quiero seguir este absurdo juego...

El abogado guardó silencio y siguió pisando el acelerador.

—Hay que seguir hasta el final.

—Yo no. —Y con decisión Roger buscó el pedal del freno. Su amigo trató de impedirselo y momentáneamente el coche perdió la dirección. Jack tuvo que frenar inevitablemente para evitar que el auto se precipitara por un desnivel.

—Estás loco.

—Ahora no. Jamás he estado tan cuerdo. Y haré las cosas a mi manera.

Salió del coche. A unos cincuenta metros de distancia había una cabina telefónica y se dirigió hacia ella. Cuando Jack comprendió lo

que Roger se proponía le siguió con el coche.

—Sube otra vez. Estás bajo mi responsabilidad. No lo olvides.

—Ha llegado el momento en que actúe por mi cuenta —respondió Roger corriendo al lado del automóvil cerca ya de la cabina.

Se introdujo en ella y buscó dinero en su bolsillo. Jack entró y forcejearon ambos. El abogado quería impedirle telefonear. Roger sacó toda su furia y le empuñó fuera y a continuación se puso a marcar el número de su casa.

Jack se rehízo y entró de nuevo en la cabina. Roger dejó el auricular sobre el pequeño estante y calculando bien la distancia le soltó un puñetazo que alcanzó al mentón de su amigo. Esta vez Jack cayó medio aturdido.

En aquel instante la voz de su mujer sonó al otro del aparato.

—Soy Roger, Dorothy. Escúchame atentamente y no hagas preguntas. ¿Crees que puedes conducir un coche? Yo sé que puedes...

—¿Dónde estás, Roger? —inquirió ella.

—No tenso mucho tiempo, querida. Intenta subir al coche. Dijiste que podías levantarte y mover los pies. Será suficiente si conduces con cuidado. Yo estoy en la cabina número 104 de la carretera, cerca del desvío. Tú conoces esta cabina. Bien, voy a dirigirme a...

—Se volvió hacia Jack que se estaba reponiendo y continuó: —Norkhaus. En la taberna que solíamos frecuentar antes de tu accidente.

—¿Por qué quieres que haga esto?

—No puedo decírtelo ahora. ¡Está bien! Corres peligro.

—¿Peligro? ¿Yo?

—Sí, corres un serio peligro.

Ella pareció vacilar. Jack se dirigía hacia la cabina.

—Espera un momento —pidió Roger. Abrió la puerta y salió al exterior previniendo a su amigo.

—No intentes nada, Jack. Tendré que golpearte otra vez.

—No lo permitiré, Roger —y esta vez Jack sacó un revólver del bolsillo—. Lamento tener que hacer esto. Anda, ve al teléfono. Dile a Dorothy que vamos para allá.

—No lo haré.

—Sí lo harás. No me obligues a...

—¿A qué, Jack? ¿Serías capaz...?

Roger observó una ligera vacilación en su amigo y se lanzó contra él. Rodaron por el suelo. Una vez más el condenado se sintió en la plenitud de sus facultades, aumentadas por su estado de ansiedad y tensión que le hacía sentirse como fiera acorralada. Una perfecta llave sirvió para desarmar a su amigo.

Dueño del revólver le amenazó con él.

—Dispararé si es necesario. Te lo advierto. —Lo dijo con tal firmeza que Jack continuó en el suelo mientras él—. Roger —reculaba hasta la cabina para terminar su conversación telefónica.

—¿Qué pasa, Roger? —preguntó su mujer desde el otro extremo del hilo.

—Nada. Voy a colgar. Te espero en el lugar que te he indicado.

—Paula está conmigo —dijo ella y añadió Paula—: Tu secretaria. ¿Quieres hablar con ella?

—No. Y no le digas nada de nuestra conversación. ¿Comprendes? Da una excusa para dirigirte al garaje.

¡Ah! Y sal por la puerta lateral con el coche. ¿De acuerdo? Marcha con los faros apagados. No hagas ningún ruido. Es importante.

—¿Acaso piensas que Paula...?

—Adiós, Dorothy. Hasta pronto —cortó Roger y colgó. Jack comenzó a levantarse con las manos separadas del cuerpo. No dijo nada. Tampoco protestó cuando Roger le exigió:

—Dame todas las monedas que tengas en los bolsillos. Rápido.

El abogado obedeció y para demostrar que no le quedaban más, volvió los forros hacia fuera. Roger, sin dejar de apuntarle, tomó el coche.

Antes de cerrar la puerta Jack dijo:

—«Ella» es el último eslabón. ¿No lo comprendes? Si descubre tus sospechas... la matará.

—Es justamente lo que trato de evitar, Jack.

—¡Idiota! Estás jugando con una persona mucho más lista de lo que crees.

Roger ya no escuchó más. Cerró la puerta y pisó el acelerador dejando a Jack en la carretera sin monedas para que no pudiera usar el teléfono.

Detuvo su marcha a unos cinco kilómetros. Justo en el cruce. Su casa estaba al otro lado de la suave colina a unos tres kilómetros de distancia. Allí aguardó a su esposa. Mientras cavilaba en sus deducciones.

CAPÍTULO XII

En su casa, Dorothy se aproximó a la butaca que ocupaba Paula. La casa estaba a media luz. No había servidumbre. Era el día libre. Oficialmente no había nadie más entre aquellas paredes que las dos mujeres.

—Mi marido quiere que me reúna con él en Norkhaus. ¿Conoce usted Norkhaus?

—No. Creo que no —replicó Paula fríamente.

—¿Sabe por qué quiere que me vaya? —Dorothy sonrió tristemente—. Cree que mi vida está en peligro.

—¿Por qué? ¿Quién puede hacerle ningún daño estando en su propia casa?

—Usted, por ejemplo.

—No hablará en serio.

—¿No recuerda a las otras víctimas?

—¿Dónde quiere ir a parar?

—A dónde estamos.

—¿No piensa acudir a la cita de su marido? Seguramente no puede usted conducir. Si quiere que la acompañe...

—No se moleste. No pienso ir. Me quedaré aquí. Cuando Roger vea que no acudo, él volverá. Y entonces...

Dorothy buscó algo entre sus ropas, pero Paula mostró una mayor agilidad. Tenía el bolso entreabierto como si fuera a buscar un paquete de cigarrillos, pero lo que en realidad sacó de su interior fue un revólver con el que encañonó a la dueña de la casa.

—¡Cuidado! Si tenemos que esperar esperamos juntas, pero usted con las manos separadas del cuerpo, Dorothy...

En el coche, Roger calculaba los minutos sin poder evitar que sus pensamientos se movieran en tropel.

Recordaba sus propias notas escritas en el último día.

«La posibilidad de que Stewart tuviera algo que ver con mi extraña enfermedad llevó a Jack a investigar a fondo. La idea del hipnotismo era demasiado fantástica y además, en ningún momento ni Stewart ni el tío de Dorothy habíamos tenido el coloquio suficiente para que yo pudiera someterme. No. Acaso la explicación estaba en los medicamentos y por eso mi abogado hizo examinar el contenido que quedaba en el frasco que siempre llevaba conmigo. Era un preparado químicamente puro. ¿Por qué entonces desde que estuve esa larga temporada alejado de la vida normal comencé a recobrarme sin necesidad incluso de tomarme ninguna tableta?».

Entonces empecé a pensar a la inversa... ¿Qué es lo que había dejado de tomar?

Mis comidas fueron siempre absolutamente normales, tanto si comía sólo como si lo hacía con algún conocido, con Paula por ejemplo.

Jack consiguió una lista de medicamentos que podían proporcionar una especie de narcolepsia. No era nada que pudiera hacer perder la memoria en un plazo determinado, pero que en momentos de suprema tensión, el preparado contribuía a aumentar la flojedad cerebral que el mismo producía...

Paula me recordaba la hora de tomar mi medicamento, pero en ningún momento me lo suministraba ella. Era yo mismo...

Resumiendo, si unos meses de «anormalidad» con comidas diferentes pero que entraban dentro de lo normal me habían devuelto mi estado primitivo, era evidente, sin ningún género de dudas que «Había dejado de tomar» lo que me producía mis trastornos.

Y esa «cosa», lo que fuera, sólo podía tomarla en casa... No sé porque me acordé del té que con tanta fruición preparaba mi mujer...

—No me encuentro bien, Paula. Si ha de apuñalarme como a las otras hágalo cuanto antes. ¿O es que conmigo piensa usar el revólver? Vamos, dispare. Voy a desvanecerme pronto. No me siento con fuerzas.

Y Dorothy avanzó ligeramente con su silla de ruedas jadeando como si en efecto estuviera haciendo un gran esfuerzo para mantenerse consciente.

—¡Quieta! —la ordenó Paula implacable.

—¡Maldita asesina! —rugió Dorothy y su cabeza cayó sobre sus hombros.

Paula se aproximó y comprobó que la esposa de Roger respiraba dificultosamente.

Fue un momento de vacilación el suyo porque en aquel instante Dorothy se incorporó con los ojos llameantes y con un estudiado golpe desarmó a su rival.

Cuando Paula quiso recoger su arma, un poderoso puntapié la hizo rodar por el suelo mientras Dorothy esgrimía un afilado cuchillo.

—¡Usted! Era usted... Las terribles sospechas de Roger y de Jack eran ciertas...

—¿Te lo dijeron, eh, zorra?

—No. Únicamente me pidieron que viniera aquí. Me dijeron que tuviera mucho cuidado y que no me dejara sorprender ni siquiera por usted. Entonces lo comprendí todo, pero también me resistía a creerlo.

Dorothy avanzaba con el cuchillo y Paula reculó desde el suelo buscando el momento oportuno para incorporarse.

—Ya debería haber cruzado —dijo Roger en voz alta viendo en su reloj el tiempo transcurrido. Por eso decidió poner rumbo hacia su casa con el corazón en un hilo.

—Si lo ha descubierto —se dijo a sí mismo—. Paula estará corriendo un gran peligro, quizá Jack tenía razón. Era mejor reunimos todos en la casa, pero yo quería separarlas a las dos, quería salvar a Paula...

Tenía el pie al fondo del acelerador pero le parecía que el coche no se movía del sitio.

Dorothy sonreía triunfante a cada nuevo paso que daba.

—Usted sabía a lo que exponía cuando aceptó hacer de cebo... Lo siento. Debí acabar antes, pero primero no estaba muy segura. Mi informante decía que era usted una secretaria, que algunas veces comían juntos y nada más... Luego hice que dedicara una mayor atención hacia usted, que investigara a fondo. Es curioso. Roger conservaba alguna foto de las otras, de Joan, de Deborah, pero de usted no... Quizá la quería más que a ninguna, no tenía necesidad de un retrato para recordarla siempre.

—Sí, nos quisimos, pero ahora no había nada entre él y yo. — Paula seguía en el suelo retrocediendo como podía, tratando de ganar tiempo, por eso hablaba para hacer hablar a su enemiga—. El le era fiel. Jamás la traicionó.

—Eso no lo sabré jamás, pero estoy segura de que os amó a todas en otro tiempo. Sabía elegir bellos rostros, hermosos cuerpos... Y por culpa de mi accidente él no podía poseer el mío. Por eso destruí lo que amaba.

—¿Cómo..., cómo pudo hacerlo? Usted estaba inválida.

—Sí. Lo estaba, pero siempre se encuentra a alguien dispuesto a colaborar.

—Ese hombre... Lambert. Jack habló de él.

—Lambert se cuidó de las tres primeras. De Lavinia me encargué yo personalmente. En aquellos días ya empezaba a moverme con soltura. El jaleo de la fiesta me ayudó en lo demás... Pero en los demás casos siempre estuve yo cerca del lugar. Fingía ir a dar un paseo por el parque con mi silla de ruedas, pero subía al coche y salía por la puerta lateral. Dejaba el garaje cerrado con llave para que la servidumbre no pudiera sospechar... Roger debió sospechar que lo hacía así, por eso me pidió hace unos momentos que saliera por esa misma puerta lateral.

—No. Seguramente se lo dijo porque la casa está rodeada de policías. ¿No se da cuenta? Si me mata a mi sabrán que ha sido usted.

—Siempre he estado rodeada de policías o posibles testigos —sonrió Dorothy—. Cuando Lambert acabó con las otras yo le esperaba en el coche, vestida de hombre, con un traje de mi marido por si alguien podía verme... Y entraba a cerciorarme de que Lambert había hecho el trabajo que yo quería... En la fiesta de disfraces también estaba rodeada de gente... Y ya ves que salió bien. Allí tuve que ponerme una larga bata para no mancharme con la sangre... No. No me asusta la policía... En cuanto a ti, cuando tuve la certeza de que significabas algo para él, quise dejarte para el final, pero la policía detuvo antes a Roger. Si todo hubiera seguido adelante tú habrías vivido. —Y dio un paso hacia la muchacha—. Ahora en cambio...

—¿Y Christel? Había sido sólo una compañera de trabajo de Roger. ¿Por qué la mató?

—Porque necesitaba que alguien muriera cerca de él... ¡Pensé que aquél podía ser mi primer trabajo! Me creí con fuerzas para hacerlo y traté de salir a su encuentro en cuanto supe que ella había ido a comprar tabaco... Pero alguien se me anticipó. Un tipo mal encarado no sé si con ánimo de violarla o de robarla simplemente la atacó en un solar cerca de la playa cuando ella regresaba. Aquel hombre pensó que nadie le había visto, pero al observar mi silueta a pocos metros intentó correr. Le pedí que se quedara. Le ofrecí dinero. Mucho dinero. Le dije lo que tenía que hacer, pero el muy imbécil no lo entendió. Volvió para cobrar la otra mitad del dinero que le había prometido. Yo le dije que deseaba ver el cadáver apuñalado y seccionado. Discutimos allá en la playa. Todo estaba oscuro y el fuerte oleaje amortiguaba nuestras voces. También impidió oír el disparo a quemarropa que realicé para librarme de él. No me fiaba. Era de esa clase de tipos que tarde o temprano caen en las redes de la policía y lo sueltan todo.

—¿Qué hizo con su cuerpo?

Lo arrastré hasta un sumidero, cerca de un edificio en construcción. Lo tiré dentro. La porquería lo engulló. No hay peligro de que lo descubran porque lo han cubierto con cemento. No creo que nadie lo eche de menos. Claro que si lo hubieran encontrado, ¿quién hubiera podido sospechar de mí?

—Pero usted pensó que Christel estaba muerta.

—Sí. Y no me gustó nada que la encontrarán. Temí que ella pudiera haberme visto antes cíc ser atacada por aquel sujeto y mostrara su extrañeza de que yo no hubiese denunciado el asunto. Por eso a su vuelta a Londres me aseguré haciendo que muriera como las otras.

Jack caminaba en espera de ver pasar un coche, pero aquello era demasiado solitario.

En cuanto a Roger, ya no podía sacar mayor velocidad del coche. Hubiera deseado tener alas para estar ya en la casa y evitar lo que parecía inevitable.

Paula intentó incorporarse pero vio el cuchillo demasiado cerca.

Roger estaba recorriendo el último kilómetro. El sudor de la angustia perlaba su rostro.

—¡Dios mío, que llegue a tiempo!

—¡Quieta! —amenazó la asesina—. Roger volverá. Yo le prepararé una buena taza de té. Preguntará por ti. Le diré que te sentías indispuesta y que has ido a acostarte. Asomará a tu habitación y verá un bulto en la cama. Luego se irá desvaneciendo. Cuando se recobre su memoria empezará a fallar.

—¡Usted era la que envenenaba su cerebro! —espetó Paula que por un momento se sobrepuso a su propio miedo para lanzar aquella exclamación llena de asco—. Pero esta vez no le saldrá bien. Sospechan de usted...

—Si no sale bien, querida Paula, mataré, a Roger. Diré que se ha suicidado para que no volvieran a detenerle... ¿Crees que van a sospechar de una pobre inválida?

Paula rodó sobre sí misma y consiguió incorporarse, pero Dorothy la alcanzó con un salto felino acorralándola en un ángulo de la pared.

—Yo no soy tan certera como Lambert.

—Usted mató a Lambert para que no pudiera hablar...

—Sí. Y por eso tú correrás el riesgo que te hago sufrir. El no fallaba. En cambio yo soy menos hábil, pero no me importa que sufras.

Avanzó un paso más. Paula estaba materialmente acorralada.

—No podrá fingir mucho tiempo. Descubrirán que puedo andar —jadeó Paula.

Dorothy, dulcificando su voz, inquirió:

—¿Qué preparabais, querida? —Y Paula vio una oportunidad para prolongar su existencia.

—Sospechaban que usted quería matarme a mí. Sospechaban exactamente lo que usted intenta hacer: matarme, para que todos crean que ha sido Roger. Por eso le comunicaron la reunión de esta noche en la que tiene que acudir su marido. Es una trampa y usted va a caer en ella.

Por un instante Dorothy vaciló. Paula vio la oportunidad para abalanzarse sobre ella y apartarla de un empujón.

Dorothy vio cómo el cuchillo se le escapaba de las manos, pero para evitar que Paula se alejara se lanzó contra ella derribándola.

—¡Basta! —gritó Roger entrando en tromba en la estancia.

Su mujer se revolvió con mirada salvaje. Pero no estaba vencida

aún. Furiosa se apresuró a recuperar el cuchillo en el instante en que un balazo se interpuso entre su mano y el arma.

El superintendente había efectuado el disparo.

—¡Quieta, señora Wilder! —dijo el policía encañonándola—. Ya hemos oído lo que necesitábamos.

—Podían haber actuado ustedes un poco antes —espetó Roger.

—Ya tomamos nuestras precauciones. Y en todo momento tuvimos controlada la situación. La señorita Paula se ha portado valientemente.

—Creo que voy a desmayarme —murmuró la joven.

Roger llegó a tiempo para impedir que cayera al suelo.

Dorothy lanzó un grito histérico. Un grito espantoso cuyo eco resonó por toda la casa.

Era su derrota.

EPÍLOGO

Jack tenía razón. Aquél no podía ser un final feliz. Le pedí disculpas por mi comportamiento en la carretera, que él aceptó comprendiendo mi estado de ánimo.

El doctor Stewart, por su parte, trató de buscar paliativos para el comportamiento de mi mujer. Esgrimió el argumento de que la inmovilidad de una inválida había producido un germen parecido a la locura.

Y viéndose impotente, Dorothy había querido destruir lo que yo había amado. Afortunadamente, Paula logró salvarse y ahora espero que sea ella la que me ayude a olvidar.

FIN

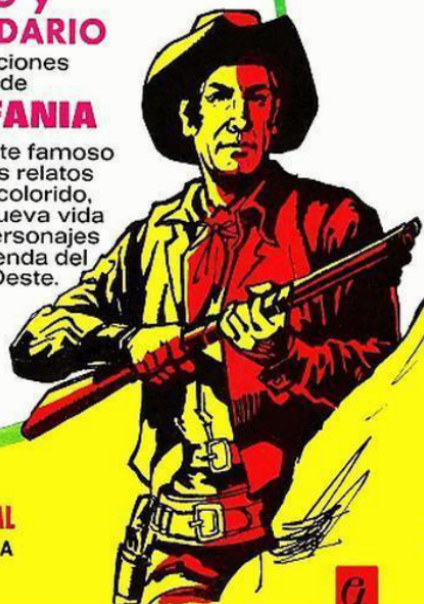
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

